REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLVI San José, Costa Rica 1950 Viernes 20 de Enero No. 3

Año XXX — No 1102

THE LIBRARY OF CONGRESS SERIAL RECORD MAR 14 1950 Copy

Una revelación literaria DELIA FIALLO

Por *Félix LISAZO*

(En el *Rep. Amer.*)

Delia Fiallo

Cualquiera que sea el criterio que tengamos de los certámenes literarios —y es oportuno recordar que el criterio negativo tuvo en Varona un firme mantenedor— no cabe duda de que es en ocasiones, oportunidad de revelación gracias a la cual valores que de otro modo hubieran tardado en conocerse llegan en un instante al dominio público. Triunfos que de otro modo hubieran significado años de esfuerzo, se consiguen sólo en horas gracias a un concurso en que el premio alcanzado y proclamado a todos los vientos, constituye el rápido renombre.

Este es el caso de la joven escritora que triunfó de modo absoluto y unánime en el último concurso del Premio Hernández Catá.

Pocos conocían la obra silenciosa, pero perseverante, de la joven autora. Aunque Delia Fiallo, según ella nos confesó después, era desde muy niña incansable en llenar cuartillas, pocas veces quedaba satisfecha de su obra y el destino de sus elucubraciones era casi siempre el mismo: el cesto de los papeles. Esta inconformidad es un síntoma revelador y magnífico. Creemos, como Barrés, que poca confianza inspiran los jóvenes que no comienzan su carrera con una rotunda inconformidad. Y esa inconformidad ha de comenzar por sí mismo, por la propia obra. Como el personaje de Heine que, siempre descontento de su mismo esfuerzo, echaba al fuego obras que le habían significado años de investigación y de trabajo, Delia Fiallo obraba de modo similar con las concepciones de su mente. El síntoma es, repetimos, esperanzador: de quien castiga de tal modo sus propias creaciones, hay que esperar un momento en que la propia exigencia rinda sus mejores frutos. Este ha sido el caso de este brillante inicio literario.

Como miembro del jurado que fuímos, podemos hacer alguna pequeña revelación. Ninguno de nosotros, excepto el compañero Raimundo Lazo, conocía a la autora que desde el principio se barajaba entre los tres o cuatro posibles premios. Por eliminación nos habíamos quedado con unos pocos cuentos, en los que sobresalían méritos diversos, pero a los que también les apuntábamos puntos débiles: decadencia del interés, extensión excesiva de escenas que perdían vigor, puntos muertos que rompían el ritmo creciente del logro. Para estar bien seguros de que procedíamos con la relativa justicia que en materia de gustos es posible esperar, decidimos la lectura en alta voz de los trabajos que consideramos mejores. El cuento de Delia Fiallo fué aclamado de modo unánime como el que se realizaba con una técnica más perfecta, en la que el elemento sorpresa se presentaba con toda elegancia y maestría. Su dominio de la expresión y de los caracteres nos pareció admirable. Pero, ¿quién era Delia Fiallo?

Fué entonces cuando Raimundo Lazo nos explicó que había sido discípula suya, discípula muy inteligente y bien preparada. Pero él mismo ignoraba que tuviera tales condiciones de escritora.

Sellamos un pacto para no revelar el premio hasta pasados algunos días, en cumplimiento de alguna exigencia del concurso. Y nos olvidamos hasta del nombre de la autora premiada.

Cuál no sería nuestra sorpresa cuando, días después, al llegar a la Dirección de Cultura, encontramos un regocijo extraordinario por el triunfo de una compañera. Era el triunfo de Delia Fiallo, que acababa de recibir la noticia. Entonces fué cuando nos dimos cuenta de que a la triunfadora, trabajando cerca de nosotros, no la habíamos identificado como la autora de *El Otro*.

Quisimos conocer detalles de su dedicación literaria. Una serie de preguntas salieron al encuentro de su caso. Ella nos contestaba con naturalidad, aunque la sorpresa del triunfo la tenía realmente emocionada. Parecía comprender que comenzaba una responsabilidad para ella, que ya todo lo que hiciera tenía que responder al éxito que coronaba sus comienzos.

Y lo primero que quisimos saber, como

La Habana. Junio 27, 1949.—Acto en honor de Delia Fiallo, *en la Barra Bacardí. Miembros del Jurado que le otorgó el Premio* Hernández Catá:

De izquierda a derecha: *Raimundo Lazo, Félix Lisazo, Antonio Barreras, Fernando G. Campoamor y el Director de Cultura, Dr. Raúl Roa.*

es natural, era cómo se había manifestado su vocación literaria. Su respuesta fué sencilla e inteligente, dentro del clima de emoción en que vivía en esos momentos.

—Bueno, en realidad yo aún no me he catalogado como "escritora", pero contestando su pregunta le diré que según mi parecer, la vocación se manifiesta siempre en forma espontánea, en el momento que uno busca su medio de expresión. Créame, Dr. Lizaso, todos los jóvenes llevamos interiormente una serie de sentimientos indefinidos que por fuerza tienen que encontrar su cauce liberador. Por otra parte, la juventud ansía perpetuarse y eso la lleva al deseo de la creación utilizando para ello las capacidades vocacionales.

La respuesta, precisa, nos hizo comprender que aquella conversación podía tener el carácter de una entrevista. Y esto nos animó a formular la segunda pregunta, encaminada a indagar cuáles habían sido sus preferencias en los géneros cultivados por ella.

—Casi exclusivamente la poesía moderna libre, de ritmo instintivo; esa poesía en que el pensamiento no tiene que amarrarse en un número exacto de sílabas o en una serie de palabras rígidamente eufónicas. Admiro la poesía a base de imagen y prefiero por sobre todas las cosas, la poesía social. El cuento lo he cultivado poco, aunque es un género que siempre me ha interesado profundamente.

Valía la pena continuar la indagación, tratando de llegar a rodear todas las posibilidades de una información útil a tantos espíritus jóvenes que buscan orientación. De ahí nuestra nueva pregunta:

—¿Cuáles han sido sus lecturas principales?

Delia reflexionó y ayudándose de unas anotaciones, dejó contestada la pregunta:

—Desgraciadamente no he tenido un plan de lecturas organizado. Desde niña me acostumbré a leer cuanto caía en mis manos. Recuerdo que a los nueve años leí *La Vorágine* y *Naná*. Ya en la adolescencia, por suerte, fué encauzada por la Dra. Emma Pérez y más tarde, estudiando Filosofía y Letras en nuestra Universidad, maduré mi sentido crítico literario dirigida por el Dr. Raimundo Lazo. Siempre he gustado de la literatura fuerte; pero en todos los sentidos admiro apasionadamente a José Martí. En el terreno particular de la poesía mis preferidos son Neruda, García Lorca, Wihtman, Darío —nunca olvidaré la impresión que me hizo su soneto *Lo Fatal*— Salinas, Alberti, Ballagas, Martínez Villena y como cosa especial Nicolás Guillén. Aparte de toda ideología política soy también una ferviente admiradora del ruso Maiakowski. En la novela soy también francamente americanista: José Eustasio Rivera, Rómulo Gallegos, Jorge Icaza, Villaverde, Labrador Ruiz y en Norteamérica John Steinbeck, Edna Ferber y Langston Hughes. Entre los europeos Knut Hamsum, Paul Bourget y Somerset Maughan.

No cabía duda de que, quien desde los nueve años había leído libros como *La Vorágine* y *Naná*, era un caso excepcional. Eso nos llevó a pensar que ella debía tener formada una concepción de la misión del escritor, y nuestra pregunta fué esa, cuál era su concepto de la misión del escritor.

—Creo que el escritor puede tener tres misiones: una puramente estética que consiste en crear la belleza técnica o formal; otra que tiende hacia la eugenesia espiritual tratando de despertar la sensibilidad en los demás y la tercera, la más importante, aquella misión social que tiene en su raíz profundos intereses humanos.

Pero recordamos que su triunfo lo había obtenido en el cuento, género para el que sin duda tenía especiales facultades. Y como entre nosotros es uno en que hemos tenido más brillantes cultivadores, nuestra nueva pregunta se dirigió a saber qué opinaba del cuento en Cuba y cuáles eran sus cuentistas preferidos. Su respuesta nos dió el alcance de sus lecturas y la seguridad de su orientación.

Opino que en el género, Cuba se halla a la vanguardia en Hispanoamérica. La idiosincracia del país se presta a esta clase de narración, corta y ágil donde la imaginación del criollo y la calidad ambiental colocan al género ante una serie de posibilidades infinitas. Entre los cuentistas extranjeros que más he leído están Maupassant, Oscar Wilde, Edgar Allan Poe, Darío y Horacio Quiroga. Entre los compatriotas los preferidos formarían una lista interminable: Alfonso Hernández Catá, Carlos Montenegro, Dora Alonso, Onelio Jorge Cardoso, Luis Felipe Rodríguez, Lino Novás Calvo, Enrique Serpa, Labrador Ruiz y otros muchos, todos ellos poseedores de mi más alta admiración.

No solamente demostraba Delia Fiallo que estaba perfectamente orientada sobre los máximos cultivadores del cuento, sino que, por añadidura, señalaba justamente la razón por la cual es género en el que logramos sobresalir. Y como se había referido en su respuesta a la imaginación del criollo, y en su cuento premiado revelaba gran conocimiento de las costumbres campesinas, quisimos saber cómo había adquirido ese conocimiento del ambiente en que los personajes de su cuento se situaban. Su respuesta conmovida fué esta:

—Mis padres no tuvieron otros hijos y esta circunstancia, unida a cierto espíritu aventurero, nos hizo rodar de un lugar a otro hasta que yo cumplí los catorce años, fecha en que nos asentamos definitivamente en La Habana. Hemos viajado por Centroamérica y aquí en Cuba he vivido en distintos pueblos de campo tales como San Diego de los Baños, Los Palacios, Chambas y Santa Cruz del Sur. Siendo patriota hasta la médula de los huesos, siempre me ha emocionado el contacto con la tierra y el monte guajiro y me ha gustado estudiar la recia psicología del campesino criollo. Creo que para escribir acerca de todo esto hay que sentir su belleza... No hay nada tan dolorosamente bello como el cuerpo del guajiro inclinado sobre el arado o como el mensaje oloroso que nos envía la tierra desde su entraña mojada al recibir la lluvia...

La entrevista se alargaba. Pero aún teníamos preguntas que no queríamos omitir:

—¿Cómo recibió la noticia de su triunfo?

La ingenuidad se asomó, como al principio, a su sonrisa, mientras nos decía:

—Con verdadera sorpresa y con muchísima alegría. Figúrese, yo escribí ese cuento en un día y lo presenté al cerrarse el plazo de admisión del concurso. Si me pongo a pensarlo mucho no lo presento.

Y nos pareció que ya sólo nos quedaba una última indagación. Una pregunta grave y solemne:

—¿Cuáles son sus proyectos como escritora?

—Cultivar mi vocación, desde luego. Sólo que para los escritores novatos la tarea de cultivar las letras es verdaderamente ardua. Las revistas pagan los cuentos solamente a los "consagrados" y los escritores jóvenes quedamos rezagados porque nos falta un nombre. Por eso el concurso de cuentos Hernández Catá es una iniciativa digna de admirar e imitar, pues da oportunidad a los escritores desconocidos de entrar en el mundo de las letras cubanas. Considero un alto honor haber merecido este premio ya que es proverbial la justicia que se imparte en este concurso. Mire cómo es la cosa, que casi, casi me estoy convenciendo de que soy escritora...

Nos pareció que con estas palabras se cerraba felizmente una entrevista improvisada, pero en la que resplandecía el fervor de una vocación verdadera. Y esa ha sido la convicción profunda que nos ha quedado de esta conversación con Delia Fiallo, la triunfadora del último certamen que lleva el nombre de nuestro gran hombre de letras y cuentista insigne, Alfonso Hernández Catá. Saludamos a la triunfadora de hoy, que por su vocación parece llamada a un sitio de honor en las letras cubanas.

JORGE R. CAMPOS
(Medinaceli 4. Madrid, España)

nos dice que enviará sus publicaciones de tipo americanista a quienes, en estas Américas, se las pidan.

También desea, en cambio, obras de autores hispanoamericanos y así completar la parte de la Literatura Hispanoamericana, a punto de concluir.

Pedimos a nuestros amigos, acojan esta solicitud.

El otro

Es un cuento de *Delia FIALLO*
(En el *Rep. Amer.*)

La noche le atajó al llegar al río. Al meterse entre los árboles la sombra le resbaló por el cuerpo rápidamente, desde los pies, colgados a los lados del caballo, hasta la cabeza ya oscura bajo el sombrero de guano.

Al salir del paso, al otro lado ya plateaban las hojas del yagruma al mecerlas las brisas empapadas de luna. En la noche joven un perro ladró en algún bohío lejano y el grito de una lechuza le paró las orejas al caballo.

—¡Sola vaya!

El hombre amagó las espuelas sobre los ijares del animal, sin apretarlo. Y al trote vivaz saltó la décima regándose juguetona y confiada por el llano:

Guajira en esta canción
yo te canto mis amores.
Ojalá no des dolores
a mi pobre corazón,
pues yo con esta canción
vengo a darte mis amores...

El silencio se arrastró un momento sobre el llano, y las pisadas del caballo eran como puntos suspensivos huyendo hacia adelante.

Cuando llegó al bohío los perros se alborotaron y la voz de Antonia, recia como una ceiba, le salió al encuentro.

—¡Caray, y qué cantarín viene usted Jerónimo!

—¡Buenas noches, Ñica!

—¡Buenas noches, hombre! Pensé que ya nos había olvidao.... Como hace días que no se asoma por aquí...

—¡Qué va! Por ná del mundo la olvido yo a usté ni al cafecito ese tan bien colao que se le da en esta casa a los visitantes.

—¡Vamos! ¿Me va a decir que usté viene por mí o por el cafecito? ¡A otro perro con ese hueso!

Bajo el colgadizo, amarrando el caballo, una sonrisa ingenua y maliciosa le desnudó los anchos dientes:

—Y bueno... pué ser que venga por algo más...

Luego, más serio:

—¿Qué me dice de eso?

—Mire Jerónimo, en ese asunto yo no me pueo meter. Caridad es mi hija, pero...

—Usté sabe, Ñica, que yo vengo con buenas intenciones.

—Pué que sí Jerónimo, pero ustedes los hombres son más malos que el mesmísimo diablo. Ahí tiene sin ir más lejos a Macho Cabrera que es el bicho más mal intencionao que pisa la tierra y pa colmo de la desgracia está metío con mi muchacha como un clavo en la paré.

—¡Pero comay, tóos no semos iguales...!

—¡Tóos son del mismo cangre e yuca! Pero hijo, oiga esto que le vóy a aconsejar. Hable con el viejo... y yo le prometo darle un empujoncito, porque a concencia le digo que prefiero ver a mi hija enamorisqueando con usté que no enredá con ese chulo de Macho Cabrera.

—¡Gracias, vieja! ¡Que Dios se lo tenga en cuenta!

—No, no me dé las gracias tan adelantá. Primero hable con el viejo que al fin y al cabo las cosas entre hombres andan más claras...

Por eso habló con el viejo. Una noche, con la guayabera bien almidonada, zapatos nuevos y el pelo lustroso de vaselina, Jerónimo Cruz se desmontó solemnemente a la puerta del bohío de Eulogio Peña para pedir la mano de la guajirita Caridad. El veterano se revolvió en el asiento:

—¡Carijo! Ya me lo estaba oliendo...

—Usté sabe Don Ulogio que yo vengo con buenas intenciones...

—Las buenas intenciones no llenan la barriga, mocito. Y la verdá es que ese oficio de montero es una chiveta... Si la chica se enmatrimonia con usté cuando se acabe la recogía de ganao en la finca de Don Emeterio, se irá detrás del marío y yo no pueo consentir en darle ese disgusto a la vieja...

—Por eso no se preocupe Don Ulogio, pues el alcalde del pueblo es pariente mío y me ha prometío meterme en la polecía.

—Carijo, en siendo así la cosa cambea, amigo. Siempre es bueno tener a un conocío de ese lao, y si usté se queda por el contorno, le concedo el permiso pa visitar a mi hija. ¡Pero eso sí, mucha formalidá! Porque usté sabe que la muchacha no es ninguna salía y conmigo hay que andarse más derecho que una palma real... ¡Aunque sea polecía!

Fué así como empezaron las cosas. Las relaciones quedaron formalizadas desde aquel momento y tres veces por semana Jerónimo iba a visitar a la muchacha. Bajo la estrecha vigilancia de Antonia se sentaba el joven junto a su novia "derecho como una palma real". Caridad, cazurra y tímida se aislaba en un dulce y feroz retraimiento y Jerónimo, con su juventud falta de mujeres, se encandilaba de fogaje cuando por el escote, lograba entrever el comienzo de aquella línea que dividía los senos de la mujer.

Cuando la noticia empezó a correr por el llano como una res asustada, la gente se puso a la expectativa. En la bodeguita de Bonifacio Artidiella, que a pesar de llamarse así era una buena persona, las opiniones se fermentaban en los vasitos de aguardiente:

—¿Esos? ¡Bah, esos no comen mucha sal juntos!

—El guajirito ese me está saliendo un poco plantillero. ¡Mira que tirarse con la tipa de Macho...!

—Bueno, pa hablar con verdá ella todavía no era ná de él...

—¡Compadre, mira con lo que se apea este cristiano! ¡Y como si lo fuera! ¡Donde Macho pone el ojo...!

—¿Qué hará Macho ahora?

Lo que Macho Cabrera hizo fué un comentario:

—Ese no es gallo pa pisar esa gallina.

En el bohío de Eulogio Peña las cosas seguían como siempre. De vez en cuando alguna comadre oficiosa derramaba en los oídos de Antonia una advertencia socarrona, pero cuando la mujer quería poner en guardia al buenazo de Jerónimo, éste se le echaba a reír tranquilamente:

—Bulla, comay Ñica, na más que bulla.

Siguieron pasando los días para los habitantes del llano. Días de trabajo rudo, rompiendo la tierra con el arado, preñándola con las semillas, recogiendo el fruto ganado con tantos sudores. Días de empadronar reses y reses, tomándolas por los cuernos y volteando firmemente los brazos, para revolcarse con ellas en el suelo hasta que el ayudante les amarrara las patas. Días entre el lodo formado por el orino y el excremento del ganado, oyendo el largo bramido del animal cuando el bierro candente se le clava en el anca para imprimirle la marca de su dueño. Y saltando de entre aquellas calamidades, el chiste grueso, la carcajada abierta del guajiro, el buen humor del criollo que se expande en el momento inesperado, acechando taimado una coyuntura para burlarse del prójimo, o el rostro de una mujer para sacarle los colores a la cara.

En aquella vida simple, todo era bueno para salir un poco de la rutina. Por eso el llano, como un avispero revuelto, se agitaba inquieto en espera de los acontecimientos. La gente se dividió en dos bandos, los que estaban a favor de Jerónimo y los que se ponían al lado de Macho Cabrera, que eran los más, porque como bien decían ellos:

—La verdá es que Macho ha desgraciao a cuatro o cinco tipas y tiene por ahí más hijos sueltos que el propio alcalde, pero es un gallo de verdá, mientras que el otro...

—El otro no es más que un verraquito, compadre.

—Eso, eso mismo, un comemierda... Y como quiera que sea no es de los nacíos de por acá pa llevarse una prienda como Caridá.

Macho, que sabía hasta donde "el jején puso el huevo", sabía también que el miedo se iba agarrando a la mente sencilla de Jerónimo. Con su cerebro elemental, el astuto guajiro intuía, sin embargo, la fuerza de aquel rumor que se arrastraba por el llano despertando presentimientos, como cuando el viento se cuela por la guardarraya para estremecer el cerebro dulce de las cañas.

Una noche, Jerónimo le dijo a Caridad:

—Mañana se acaba la recogía, así es que voy a dirme pal pueblo pa arreglar el asunto ese de meterse en la polecía.

Y como estaban las cosas nadie encontró demasiado raro que al bueno de Jerónimo no volviera a vérsele el pelo por todos aquellos contornos. Cada guajiro del llano hacía de la deserción del intruso un triunfo particular:

—¿No lo decía yo? Somos muchos hombres los de aquí pa que nos vengan a lampusear a las mujeres los de otro lao.

—Anjá, y el tipito le cogió mieo a Macho. ¡Como que a ese no hay naide que le ponga un pie alantre...

—¡Ja, ja, ja... se juyó como un gallo asustao!

Y el chacoteo socarrón seguía mientras en el bohío la muchacha lloraba, el padre maldecía a "ese recondenao" y la madre callaba con su resignación de campesina vieja.

Nadie se extrañó tampoco, cuando un mes después, Macho Cabrera, con sus mejores polainas y el yarey más ladeado que nunca, se dirigió rumbo a la casa de Don Eulogio Peña con un gallo fino bajo el brazo:

—Se lo traigo porque tiene buena sangre y por tóos los contornos no hay quien puea

El traje hace al caballero

y lo caracteriza

Y la SASTRERIA

"LA COLOMBIANA"

de FRANCISCO GOMEZ e HIJO

le hace el traje en pagos semanales o mensuales o al contado. Acaba de recibir un surtido de casimires en todos los colores, y cuenta con operarios competentes para la confección de sus trajes.

Especialidad en trajes de etiqueta

Tel. 3283 — 30 vs. Sur Chelles

Paseo de los Estudiantes

Arturo Mejía Nieto

MORAZÁN

Presidente de la desaparecida República Centroamericana

Editorial NOVA
Buenos Aires
1947.

Se vende a ₡ 9.00 el ejemplar.
Exterior: $ 1.50 *dólar.*
Con el Administrador del *Rep. Amér.*
También la halla en la Librería Trejos Hnos.

apreciar estas cosas como usté que es de los de énantes...

El veterano, que sabía por dónde le entraba el agua al coco, gruñó dándole vueltas al gallo entre las manos. Macho, enseñando el lustroso colmillo de oro en una sonrisa ladina puso el dedo en la llaga:

—El domingo lo echamos a picar en la valla del pueblo como la vieja le tiene que asegurar los bolsillos del pantalón que se le van a reventar con el peso de la plata.

El gallo, efectivamente, le produjo buenas ganancias a Don Eulogio, y a la vuelta, a más de los bolsillos repletos, traía el buen viejo pegado a la cola del caballo a Macho Cabrera "pa celebrar la buena suerte". Antonia empezó a refunfuñar contra aquella repentina amistad, pero dos noches después, el hombre se le apareció con un cartuchito repleto de rubios coquitos acaramelados:

—¡Esto es pa la mujer más honrá y más güena del caserío!

Así fué como Macho Cabrera se hizo visita asidua del bohío de Don Eulogio. El tenorio del llano, que no demoraba más de diez días en la conquista de una hembra, sabía que esta vez la cosa era distinta.

¡Aquellas noches! El trago amargo del café, el tabaco fuerte, el taburete recostado contra el horcón bajo el techo de guano del colgadizo rumoroso de ratones, frente a la oscuridad surcada de cocuyos, oyendo el canto de los grillos, mientras el viejo hablaba de la guerra de Independencia: "...aunque haiga algunos hijos de mala madre que digan otra cosa, la verdá es que los cubanos teníamos ganá la guerra cuando llegó el americano, porque en estas cosas es el espíritu lo que vale, compay, y nosotros a los chiquitos de siete años ya les enseñábamos a tumbarse la escopeta al hombro ¡carijo!..." De vez en cuando, cada vez que había oportunidad, se le escapaban las manos en un pellizco sobre las carnes reventonas de Caridad. Se fué acostumbrando.

Por entonces las cosas empezaron a cambiar. El viejo:

—Este Macho Cabrera es medio sinvergüenza, pero la verdad que es muy simpático.

La vieja:

—Bueno, dicen que el que la corre de joven no la corre de viejo... y lo que es a este desgraciao ya no le queda ná por correr. Vale más saber del pie que cojea el prójimo, porque lo que con los zorritos... ¡bonita plancha que nos hizo el otro con aquella cara de yo no fuí...!

Y Caridad... Caridad, sorprendida y enervada, estrenaba sus primeras sensaciones. Aquel sí que era un hombre, aquel sí que sabía encenderle la sangre y encabritar aquellos dieciséis años sanos y fogosos donde se erguía pujante la pasión antes anestesiada. La carne morena de la guajirita entraba en sazón, y la piel rompía en colores glorioss sobre las glándulas que activaban sus jugos en espera del momento supremo. El cuerpo de la hembra florecía en presentimientos.

Y Macho, enardecido con la espera, iba cerrando el círculo:

—Tengo que hablar contigo... prieta. Te espero esta noche a las doce al lao del bohío vara en tierra...

—Pero ¿usté está loco, Macho? ¡Por ná del mundo hago yo eso! ¡Va y me coge el viejo...!

—No va a pasar ná... vamos a conversar un ratico solitos y en seguía vuelves pa acá. ¡Si tengo más cosas dulces que decirte!

En ese momento se oían las pisadas de Antonia y el guajiro apremiaba con insistencia pegajosa llena de sabrosos presagios:

—¡A las doce te espero, nena! A las doce...

Y como ya estaba allí la vieja y ella no podía responder, a las doce se iba Caridad a encontrarse con el hombre.

Macho Cabrera sabía hasta dónde llegar. Cuando se separaban, ya en su lecho de virgen, las horas de la noche trotaban sobre los deseos punzantes e insatisfechos de la hembra. La cuerda vibraba tensa, y el guajiro sabía que la fruta estaba madurá, al alcance de su mano.

Una noche, cuando la tierra como una mujer parida reventaba sus semillas, los frutos se hinchaban de miel y el campo todo temblaba de primavera, el hombre se tiró a fondo:

—Esta noche te vas conmigo.

—¡María Santísima, Macho, pero eso es un pecao! ¡Y el rebumbio que va a armar el viejo...!

—Oye negra, esta no es hora de pensar en las musarañas. Yo nunca vide que una mujer que quiera a su hombre se ponga con tantas boberas... ¡Diantre! Tóos los días uno apriende algo nuevo. Bueno, pero como veo que en realidá tú no me has querío nunca, lo mejor es que cá uno tome por su lao, y vaya a rascarse el lomo en otro palo...

Y la muchacha, temblando de deseos y del temor de perderlo:

—No, Macho, no. ¡Me iré contigo! Lo que pasa es que la gente va a decir por ahí que soy una desperdigá... y yo... Macho ¿te vas a casar conmigo después?

El hombre respondió transigiendo con la ingenuidad de la guajirita.

—¡Claro, vieja, claro! Pero primero tienes que ser mi mujer pa darme una prueba de tu amor...

—¿Cuándo nos vamos?

—Estáte prepará pa la una de la madrugá.

Esa noche la voz de Caridad tembló al pedirle la bendición al viejo. Más tarde, después de rezarle una oración a la Virgencita que llevaba su mismo nombre, "pa que le perdonara su pecao", salió al encuentro de su destino. En el patio el perro se le acercó moviendo el rabo y saludándola con un ladrido.

—¡Quieto, Palomo, quieto!

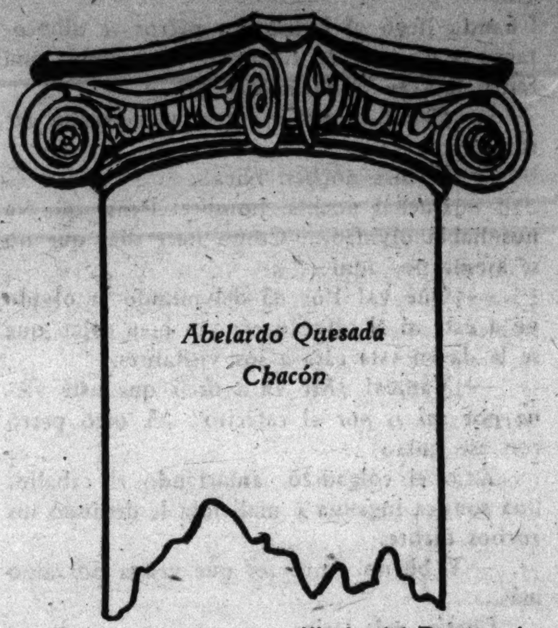
Macho Cabrera la estaba esperando con un beso impaciente que le encendió los labios. Luego:

—Vamos, sube rápido...

Y en una carrera loca, lanzó al caballo por los montes, lejos de la ira de Don Eulogio, que soñaba en el bohío con la guerra de independencia y "el americano" mientras le robaban la hija y el honor. Ya con el botín sobre la grupa del animal, repentinamente, con un golpe de rienda Macho cambió de dirección. En un alarde de su vanidad triunfante de tenorio, engallado con la conquista incondicional de la hembra, quiso lucírsela "al otro", gritándole su soberbia y su orgullo de ganador. Se dirigió al puente que pasaba sobre el río y lo cruzó...

Allí abajo, confundido entre el lodo, abonando con su materia corrompida las inútiles yerbas del pantano, se pudría lentamente el cadáver del otro...

Señas de la autora:
Delia Fiallo,
Ministerio de Educación.
Dirección de Cultura.
La Habana. Cuba.



Es esta la columna miliaria del Repertorio Americano.

En ella inscribimos los nombres de los suscritores y amigos que por años, hasta el final de sus días, lo recibieron y lo estimaron.

¡Mantenedores de cultura fueron!

Dr. E. García Carrillo

CARDIOLOGIA (Radioscopía y Electrocardiografía), METABOLISMO, VENAS VARICOSAS.

Sus teléfonos: 1254 y 4328

Si le interesa el **Repertorio Americano** pídale la suscrición a

The American News Company, Inc.

131 Varick Street
New York 13, N. Y., U. S. A.

De la vida serena

(En el *Rep. Amer.*)

¡Bendita sea la pureza de la mañana! La mañana es como un recién nacido. La mañana es fresca, lozana, serena. En la mañana nacemos. Nacemos a una nueva fuerza, a una esperanza, a una nueva alegría. La mañana es un vaso de candor donde florece la esperanza. El sol, al surgir por el horizonte radiante, parece decirnos: "¡Vivid! ¡Estad serenos! ¡Estad alegres!" Y es porque el sol es la suprema serenidad y la suprema alegría. Toda la alegría del mundo fluye del sol. Nos referimos a la alegría natural; la que nace espontáneamente en el alma ante la hermosura de la Creación o en la vida sencilla de los campos. Hay otra alegría que es artificial y que nada vale comparada con aquella.

El sol dirige la sinfonía de la alegría de la Creación. De esa alegría participan el cielo, las nubes, la tierra, los árboles, las flores, las avecillas del bosque. Todos se muestran radian-

tes, alegres, luciendo la luminosidad que el Padre Sol les presta. Sólo el hombre se excluye de esa alegría. Sólo el hombre aparece sombrío, inquieto, violento. Y es porque el hombre se ha apartado de este camino de serenidad que es el camino del sol. Es porque el hombre no asiste a la cátedra del sol, que diariamente da sus lecciones de paz y de alegría. Para el hombre —en términos generales, pues nobles excepciones hay—es más el disco de oro de una moneda que este disco refulgente que desde su alto sendero derrama sobre la tierra cataratas de áurea luz. Luz que no mengua, que no envejece ni se agosta. Luz que es como el eterno renacer de las almas.

Levantémonos hacia esa luz. Levantémonos por encima de las miserias del vivir cotidiano. Hay en la tierra misma una vida que está libre de esa miseria. Es la vida pura, sencilla, serena, de la Naturaleza. La vida en la quietud y silencio de los campos. Allí donde esa luz fulgura siempre. Allí donde todo está libre de tristezas y de preocupaciones. El campo es un océano de alegría. No se comprende cómo los hombres, tan llenos de inquietud y de problemas, no vienen a refugiarse en estos sitios de paz y de ventura.

Aquí no hay problemas. Esa palabra —problema— nunca había sido tan empleada como por los hombres de hoy. La vida se ha llenado de problemas. Problemas que crean los mismos hombres que los sufren. En la amplitud radiante de los campos no se levanta el fantasma terrible del "problema". Aquí la vida es como ella es en realidad, como debiera ser siempre entre los hombres, como era en las épocas pasadas. Aquí reina la tranquilidad y la alegría milenaria de las praderas y los bosques. Milenaria y siempre nueva. La vieja moneda de la alegría acuñada por el Creador, pero siempre reluciente. La moneda que se da gratis, sin esfuerzo ni angustia, a los hombres porque llueve del cielo con la luz.

Luis VILLARONGA.

San Juan, Puerto Rico.

"EL GREMIO"

ANTONIO URBANO M.

TELEFONO 2157
APARTADO 480

Almacén de Abarrotes
al por mayor

San José — Costa Rica

Baraja de la Patria

(Del libro en prensa *Ecuador Amargo*.—Atención del autor, en Quito).

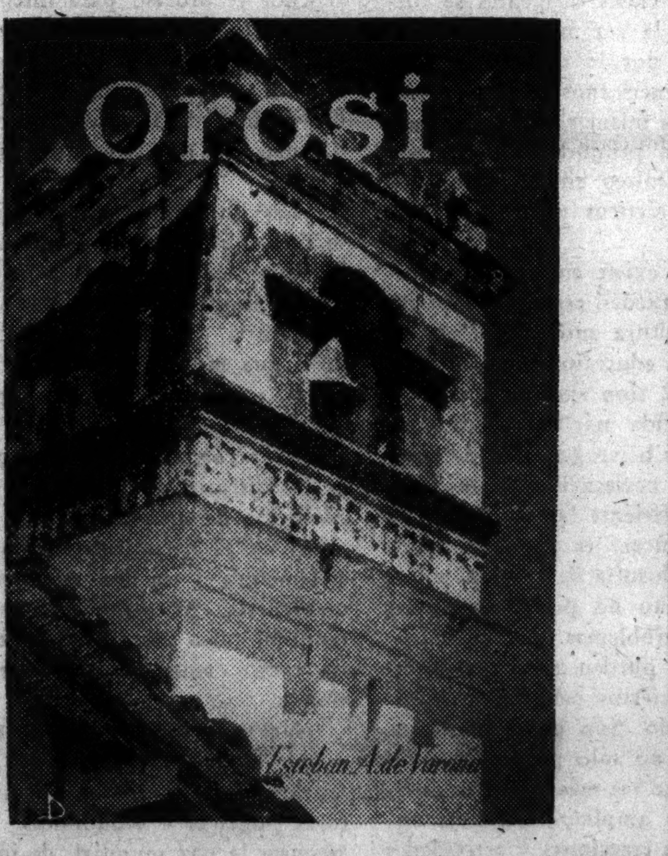
Patria, golpeada patria, establecida
desde el océano a las cosas: yo amé
tu forma muerta, la estatua errante
de tu polvareda, el cuenco de tu mano
terriblemente joven que nos toca. Y de repente,
del fondo húmedo de donde el campesino
levanta su mercado semanal, yo alzo
para ti la huella descalza de tus hijos,
la sandalia del inca, al pisada
del conquistador sobre el azufre.
Porque como un resucitado, lleno
de vegetales barbas y de tiempo, no soy
sino tu traje de piel y de palabras, sino
la fotografía del que cayó primero, amándote
como pudo, contra el metálico monge de las armaduras.

Cuando pregunto por tu origen, los cántaros,
los escudos, las murallas sostenidas, el eco
de lo que fué tu indígena silencio antes
de la cruz y los caballos; pero te reconozco
en la cabuya y sus espadas secas, he sentido
tu cadera de bosques temblar en las carpinterías,
recuerdo nombres enterrados con sus herramientas
y me basta la altura de tus musgos sin urgencia.

Si la mañana empuja su cerveza al mediodía
si en la garra litoral del mangle hunde
su garra el puma, si la ola de arroz enarbolada
por las plantaciones, asciende la escalera
de greda y de granito, es en la orilla
de petróleo y tiempo, es en tu mar
dolido, lleno de sangre anual, de asesinadas
construcciones, en donde busco para saludarte
el sombrero sin paz del abogado, su idioma
olvidado en tus raíces.

Cómo no amar tu límite que asaltan la madera
mojada, el mar y el vecindario; cómo no amar
tu pobre pueblo, su hierbabuena heráldica
que al aire turba; cómo no regresar a las hilachas
de tu costa, a tus canales con su baraja
transparente de sal y territorio, si Agosto
me echa viento y polvo de la patria a lado
y lado, si en medio voy besando su camisa
de arena, desgarrada en tus desgarraduras.

Cuando este viento te lame la cebada,
cuando este canto se riega en mis papeles,
tú me gritas que vuelva a tu nave frutal
encajonada, te siento, están contando
tus cereales sin número, y vuelvo y digo
tu nombre de línea y de varón sobre el pétalo
débil del harapo y sobre tu abundancia ciega,
recojo tus pedazos, tu difícil y suelta
geografía: el volcánico templo y la copa
de vaho, la zona donde el algarrobo crece
su desnudez nocturna, la alta sementera
de aldeas y de indios. Y hay un dintel



MONOGRAFIA ILUSTRADA DE UN MONUMENTO HISTORICO COSTARRICENSE

Texto en castellano y en inglés. 24 fotografías originales del autor. Edición cuidadosamente impresa. Precio: US. $ 1.50, franqueo incluído, (giro sobre Nueva York) en la Administración de **Repertorio Americano.** Apartado Letra X, San José, Costa Rica.

de espuma y de intemperie, hay un agua
original que sobre sí se dobla y que abren
con su ataúd sin algodón los panaderos
y con su barca hambrienta y de redes murales
el archipiélago súbito de tus marinerías.

La patria es una fiesta larga que interrumpe
el azar, la diaria cacería, la ceniza: de pronto,
cómo no amar tus muertos y su verde vestidura,
si como un goterón de sueño persistente cae
el silbo del andamio y tras él el albañil
a su velorio; cómo huir de un día tuyo, lleno
de duraznos y navíos, y no sufrir de ti por todos
lados, y no salir a encontrar tu aurora,
lo que te debe le tiempo desde la edad
del buey que hunde sus pezuñas en la Biblia.

Patria, si amarga casi siempre, dulce patria
cada día, dulce recuerdo de una enredadera
de ventanas y azúcar; ira por la piel que ortigan
con leyes y monedas; rumor de río oral
cuando ruegan al sur por la llovizna; ancha
experiencia de los trenes que a diario recomienzan
tu memoria, toda de polvo y lana, toda de piedra
y nube:
sobre ti, dimensión de lodazal y sangre,
estás tú, contramar de amor y estrella.

Jorge Enrique ADOUM.

QUÉ HORA ES ...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.

Hacia la Asociación Internacional de Universidades

(En *Novedades*. México. D. F. 22 Septiembre 1949).

(Discurso del Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, licenciado *Luis GARRIDO*, pronunciado en Guatemala, en la Universidad de San Carlos, el día 16 de septiembre actual).

"Señor Presidente; señores Congresistas: Dirigir la palabra en nombre de la Universidad Nacional Autónoma de México y de la Universidad michoacana, a los miembros de esta Asamblea, constituye una distinción que agradezco profundamente. Obliga también mi reconocimiento y el de mis compañeros, la cordial bienvenida que se nos ha dispensado por la ilustre Universidad de San Carlos.

La ciencia alcanza tal desarrollo, que los pueblos no pueden permanecer aislados. Una creciente interdependencia económica y social se acentúa en el mundo. Las Universidades tienen que luchar por que la ciencia se cultive más en las relaciones humanas. Por eso reviste especial significación este Primer Congreso Latinoamericano de Universidades, que nos permite ponernos de acuerdo sobre diversas cuestiones que atañen a la enseñanza superior, lo cual redundará en beneficio de los jóvenes —más numerosos cada día, para ventura de nuestros países— que aspiran a recibir el legado social y cultural.

Pero las Universidades tienen otro deber que cumplir y es el de enriquecer el caudal de sus conocimientos humanos. En este sentido, el Congreso tiene la oportunidad de formular las bases para que nuestros investigadores se comuniquen sus descubrimientos y relacionen sus esfuerzos en la solución de los problemas que les preocupan. Al respecto conviene recordar que el porvenir de la Humanidad está íntimamente ligado al progreso de las ciencias.

Las Universidades de México se han orientado hacia la más franca cooperación, reuniéndose en Asambleas periódicas para el estudio de todos sus problemas, habiendo creado una asociación que favorece el entendimiento entre sus miembros y propugna por mejorar sus recursos económicos, la selección de los estudiantes, los métodos de enseñanza y la reforma de los programas a la luz de sus propias experiencias. Pero esa comprensión nacional de las Universidades debe ampliarse a grupos regionales, como el que representa este Congreso, para llegar a la Asociación Internacional de Universidades que proyecta la *UNESCO*, que tratará de establecer una mejor colaboración de las clases intelectuales del mundo.

Las Universidades y los Centros de Cultura Superior desempeñan un papel importante en la vida de la Humanidad. Particularmente en nuestros países las clases dirigentes se forman en proporción cada vez mayor en las entidades universitarias, por lo que el progreso de los pueblos latinoamericanos se vincula más a la prosperidad de las mismas. En consecuencia, la enseñanza que proporcionan no sólo debe formar hombres cultos, sino servidores de la ciencia con fines prácticos y útiles para su patria.

Es indudable que existe en nuestras Universidades la misma ansiedad espiritual de crear en la América una cultura auténtica. Para lograrlo no basta sólo la educación moral o intelectual de la juventud, sino explicar una nueva concepción de la vida más de acuerdo con nuestras necesidades, la heterogeneidad de nuestras poblaciones y la persecución de los mismos ideales. No es suficiente la sola autoridad de la ciencia para educar; es necesario, también, proyectar una filosofía de la vida, sin la cual el espíritu humano no podría encontrar solución a todos sus problemas.

Las Universidades pueden ayudar al hombre para liberarlo de ciertos peligros y consolidar la paz del mundo. Son guías prestigiosas de la inteligencia, no sólo proporcionando los conocimientos sobre las más variadas disciplinas científicas, sino ampliando el horizonte humano con nuevas creaciones y actividades artísticas. Nuestras casas de estudios, por lo tanto, deben suministrar una filosofía de la vida, e inculcar en cada estudiante la idea de que tiene una misión que cumplir: la de servir a su familia, a su Patria y a la Humanidad. Pero no es posible concebir que tal propósito se realice si cada joven que concurre a los escaños universitarios no domina sus pasiones conforme a una elevada jerarquía que lo capacite para ser más justo y generoso. Nunca como ahora las Universidades deben vigorizar en los alumnos el amor por los valores eternos de la vida. La juventud sabe responder cuando se le llama con sinceridad para nobles empresas. Si de este Congreso surge un mayor entusiasmo y una mejor técnica para que la educación universitaria de la América Latina sea más digna y más coherente, más libre y más generosa, habremos rendido un servicio a la causa de la democracia y al bienestar de nuestras patrias.

Es indispensable que el educando posea una noción precisa y clara del medio en que le ha tocado vivir. Muchas veces enriquecemos su inteligencia con numerosos datos científicos o artísticos, pero dejamos al margen la explicación real y sincera de lo que acontece en el mundo, en su aspecto social, económico y político.

Particularmente los países que poseen una buena proporción de pobladores indígenas tienen que enseñar a sus clases intelectuales, antes que nada, a trabajar por la redención económica de estos grupos humanos, pues de ello depende el proceso para integrar sus nacionalidades y que surja una variedad que los capacite para nuevas revelaciones. Por mi raza hablará el espíritu, no es sólo el lema de la Universidad de México, sino el de todas aquellas naciones que tienen una misión étnica que cumplir.

Las duras experiencias que el mundo ha sufrido, obligan a las Universidades a formular una doctrina para la educación superior que se inspire en la defensa de la paz, de la democracia y de la justicia. Para ello es necesario que respiren un clima de libertad, pues sin él, su elevada misión no podría realizarse. La evolución de la cultura así lo justifica. Con cuánta razón afirmó Hegel que "la Historia es la Historia de la libertad". En efecto, la evolución de nuestros pueblos se podría sintetizar, en el nacimiento de la libertad, en su crecimiento y en los esfuerzos actuales para mantenerla. Mientras nuestras patrias vivan rendirán culto a la libertad, porque negarla sería tanto como dar por muerta su vida nacional.

Nuevas fuerzas sociales agitan la humanidad. La enseñanza superior tiene que reflejar los cambios que se operan en las estructuras políticas y económicas. La necesidad de asegurar la paz mundial, de incrementar la industria y hacer más cómoda la vida del hombre por medio de las máquinas, lleva ahora a la juventud al estudio de las ciencias en mayor escala. La Universidad no puede desinteresarse de cuestiones tan fundamentales para el porvenir del hombre, pero debe asegurar el predominio de la moral como base de todas las instituciones sociales.

En tal virtud, la Comisión Organizadora

de este Congreso ha preparado una agenda cuyos temas proclaman la necesidad de mejorar las condiciones de la educación universitaria, modelando un tipo de hombre leal, justo, enérgico y laborioso, que quiera a su Patria sobre todos sus errores y flaquezas. Un tipo de ciudadano con el corazón libre, que profese también un internacionalismo sincero que aumente el valor espiritual del mundo; hombre que ame la vida y que contribuya a ennoblecerla; que combata la injusticia y defienda los derechos fundamentales del individuo; en fin, un hombre que obre con independencia y rectitud y que sea capaz de trabajar con ahinco por la paz perdurable del mundo, sobreponiéndose a los odios y rencores, para que sea hijo digno de este Hemisferio donde se proclaman los principios de justicia, de paz y de libertad.

"SELECTA"
La Cerveza
del Hogar
EXQUISITA Y SUPERIOR

Cosas que se piensan

(*Envío del autor*)

¿Será posible la vida de una alma y la existencia de otra?

Es que no todos los hombres poseen la sublime Alma. En mis oscuridades remotas y lejanas veo desfilár la una estética y la otra natural. Los filósofos nos hablan en la parte de psicología del alma y sus facultades. Decir, pues, del alma, expresión directa de Natura; y la dote del Infinito, del Alma estética.

Cómo pensar de la mía. Compararla con la de un poeta o un escritor sería una bufonada. Bien sé que mi alma es natural.

La dualidad de alma en los intelectuales es una verdad. Un poeta se extasía ante una marejada de playas inmensas. El escritor deshace y hace mundos. Los hombres de ciencia, piensan y meditan. Dígase del salvaje y de los civilizados también. Esos que se acuestan y se levantan y cuya alma natural no pasa de satisfacer deseos terrenales. ¿Dónde reposa la belleza de la vida? Más que en el Alma estética de los hombres...

Por eso diferencio entre Vivir y Existir.

El poeta escribe: es su canto anímico. Deja de escribir, ya no es un viviente, es un ser existente. Tanto él como el escritor tienen un mundo, real e irreal, de gentes, de continentes y de mares; por eso el poeta busca la soledad, que en verdad no hay tal soledad; la soledad es el bullicio de las imágenes que persiguen y entra con la Belleza al Alma. Tratan sí de aislarse. Porque tienen Alma.

¿Qué gana un hombre con "existir" y alimentarse de la dureza de la existencia, sin otro objeto más, que el de existir? Nacer ciego, existir ciego y morir ciego. Ese es el ser existente. Pero el mundo es necesario. Se necesitan distintos hombres para que unos vivan y otros existan.

Tal es el sufrimiento que me ahoga. Porque yo nací ciego, temo existir ciego y morir ciego. No tengo conformidad con mi alma natural. Tras la lucha de agarrar la estética, que indudablemente es innata para el hombre Bello.

"Nada es bello, solamente el hombre es bello; sobre esta simpleza descansa toda la estética; tal es su primera verdad". Son las palabras de Nietzche. Por si acaso el Alma se puede encontrar por el camino de la cultura. Yo la busco. Y el pensador alemán agrega: "Nada es tan feo como el hombre que degenera, con lo cual queda circunscrito el dominio de los juicios estéticos".

Pero a veces la degeneración nace con uno.

Roberto LEZAMA.

San José, 26 de setiembre de 1949.

Occidental College

(Los Angeles 41, California, U. S. A.)

Muy señor mío:

El objeto de la presente es darle a conocer mi libro, *El Teatro Americano*. Dicho libro contiene un resumen crítico comprensivo de todo el Drama Americano, de los Estados Unidos. Al escribir este volumen fuí guiado por el deseo de contribuir al mejoramiento de nuestras relaciones internacionales y de presentar al público hispano de una manera clara y concisa una parte vital de la cultura y literatura de mi país.

Es mi mayor deseo que los profesores, maestros, editores, escritores, estudiantes e intelectuales de toda la América Latina no sólo se interesen en leer este libro sino que también me ayuden en su distribución. Además, espero que sea revisado y discutido en las universidades, periódicos y revistas literarias y que tenga acceso en las bibliotecas públicas y privadas del continente.

¿Podría contar con su ooperación en esta empresa educacional? Agradeceré grandemente su pedidc y la propaganda que para su circulación pueda hacer entre profesores, maestros, críticos y libreros de su país.

Suyo affmo. s.s.q.e.s.m.,

Albert CROISSANT.

P. S.—He aquí el contenido de *El Teatro Americano* (212 páginas):

Prefacio—Erico Verissimo.

Prólogo del Traductor—Rafael Trujillo.

Introducción.

Capítulos.

1. Valor y Método del Estudio del Teatro.
2. El Teatro Americano antes de la Guerra Mundial I.
3. Eugene O'Neill.
4. Maxwell Anderson.
5. George Kelly.
6. Rachel Crothers.
7. Sidney Howard.
8. Elmer Rice.
9. Paul Green.
10. S. N. Behrman.
11. Robert E. Sherwood.
12. Clifford Odets.
13. Las Comediógrafas.
14. George Kaufman.
15. Philip Barry.
16. Autores Veteranos.
17. Mención Honorífica.
18. Conclusión.

Post-Script.—El Cinematógrafo.—Bibliografía.

El Teatro Americano es el único libro que trata y abarca este asunto de tanta importancia. El Post-Scriptum de "El Cinematógrafo" también se encuentra en este libro, porque el Profesor Croissant considera la cinematografía como la síntesis de todas las artes.

El Profesor Croissant ha enseñado el Drama Moderno en Occidental College durante veinte años y es uno de los Directores de "El Instituto de Investigación Educacional Cinematográfico"; también editor de la revista *The New Outlook*. El Lic. Rafael Trujillo es un poeta mejicano y un escritor de fama bien conocida. El ha sido editor de *El Eco de México* y traductor de Warner Brothers Pictures.

Dirijan sus pedidos a: Prof. Albert Croissant, Occidental College, Los Angeles 41, California, U.S.A.

Precio del ejemplar: $ 1.00 (U.S.)

Precio por diez o más ejemplares: $ 90. (U.S.)

Agencia del
Repertorio Americano
en Londres
B. F. Stevens & Brown, Ltd.
New Ruskin House,
28-30 Little Rusell Street, W. C 1
London, England

Homenaje a Johann Wolfgang GOETHE

(En el *Rep. Amer.*)

(Fragmentos del ensayo:
Sentido Psicológico del Werther de Goethe).

Desmaterializado por dos siglos depuradores; espiritualizado por el magno idealismo contenido en su obra; estilizado en la blanca luz astral, surge hoy en el bicentenario de su existencia luminosa, el fantasma en vuelo de Johann Wolfgang Goethe, como un cometa que envolviera a la humanidad en su divino resplandor.

Al cabo de dos centurias, su personalidad —que es punto de partida y llegada de todo el saber humano— se agiganta hasta el infinito. Hacia ella dirigimos nuestras miradas absortas todos los que sentimos batir en nuestras sientes el latido febril de la cultura de Occidente.

Para la vibrante apoteosis de luz a la gloria inmortal de Goethe —el común denominador de toda la cultura histórica— vaya mi homenaje al genio creador y múltiple, que constituye para la humanidad el ejemplo clásico del intelectual y la más perfecta y lograda conjugación del hombre de ciencia y del hombre de letras, porque supo mirar al mundo con la triple visión del sabio, del filósofo y del artista.

En el difícil biografismo del Genio —que extiende hasta la infinidad sus dominios— habría que enfocar la superioridad del hombre, del poeta, del filósofo, del naturalista, del científico, en unidad formal con la parte biopsicológica, que nos perfila al prototipo armonioso y fuerte, al auténtico ejemplar humano, en que la acabada y cabal proporción de su estructura somática, así como la perfección de sus índices antropológicos, revelan la plena armonía, equilibrada y perfecta, de sus glándulas morfogenéticas. Base, todo ello, para ese otro magnífico equilibrio: el de su espíritu superior.

Hombre integral. Hombre máximo, con todas las fuerzas creadoras exacerbadas. Hombre en toda la fuerza de expresión del término. Dotado de un organismo infinitamente activo y superiormente armónico, representó Goethe el tipo del hombre integral, del hombre completo de Terencio, para el cual "nada de lo humano le es extraño".

"Sois un hombre: todo un hombre, M. Goethe", decíale Napoleón al autor de *Fausto*, cuya mentalidad superdimensional le hizo vivir en la amplitud dionisiaca, en el exceso afectivo, emotivo y pasional, dentro de la frondosidad de todas sus manifestaciones reaccionales, impulsadas por resortes genotípicos de trascendencia racial.

Yo un luchador he sido,
y esto quiere decir que he sido un hombre,
lo expresó el mismo Goethe, con profunda meditación.

Lanzando un reflector sobre todas las literaturas, no se encuentra una contrafigura del Genio alemán. Dante puede ser más profundo; Cervantes más humano; Shakespeare más intenso; Camoens. El Taso y Milton, más heroicos; Moliere más intencionado. Pero Goethe es más perfecto y múltiple: supo del bullir incesante de la bioesfera, del espacio donde brillan las constelaciones y de los abismos insondables del alma humana...

Los estudios sobre la personalidad de Goethe, forman una vasta bibliografía. El escritor español, González Serrano, en su hermoso libro *Goethe, Hombre, Poeta y Artista*, dice que podría formarse una idea de la literatura que ha tomado por centro el estudio del gran poeta, al leer el Catálogo titulado: *Enumeración de las Obras más importantes sobre Goethe, en referencia a su vida*, de Ludwing Von Vancizolle; folleto de más de sesenta páginas, que contienen sólo los títulos de las obras que se han escrito estudiando la obra y la vida de Goethe. La avidez de los investigadores de los papeles del Genio ha llegado a la publicación de sus apuntes domésticos. Se han hecho miles de comentarios a sus más insignificantes composiciones, discutiendo con documentos e hipótesis los menores detalles de su historia. Se han escrito largas biografías de los más oscuros personajes que tuvieron alguna relación con Goethe; sus condiscípulos se han convertido en celebridades; sus mujeres en figuras históricas. En varias Universidades, sus profesores consagran su vida a explicar y a comentar la obra de Goethe. Weimar, en donde se coleccionaron sus recuerdos, llegó a ser la Meca de una religión, en la cual Johann Wolfgang Goethe es el Dios. Se conservaron allí sus colecciones, los minerales y plantas que recogió en sus paseos, los objetos de arte que trajo de Italia, los regalos que recibía de sus admiradores...

Goethe
Dibujo de *Karl Bauer.*

De esta manera, la cultura de Goethe ha llegado a ser no sólo la representación de la cultura germana, sino que se ha convertido en el paradigma de la cultura universal, cuya más alta misión ha consistido en comunicar a los hombres —con palabras de verdad y bajo el signo de la belleza artística— la clave del enigma de la vida!

Difícil es decir nada nuevo al aludir a cualquiera de las obras de Goethe. Si el mismo autor de *Fausto*, de *Werther*, de *Guillermo Meister* y de *Las Afinidades Electivas*, ha consumido ya, en la perenne ignición de su genio, todos los adjetivos encomiásticos de todas las lenguas del mundo. Y decir, sencillamente, esta obra es de Goethe, es valorizarla en un valor supremo.

Si los argumentos de sus creaciones son el fruto de una transformación de su espíritu, cada uno de sus héroes es una creación de su propia personalidad. A tres de ellos, principalmente, debe Goethe la celebridad de su nombre: *Werther, Fausto* y *Guillermo Meister*.

Y en el primero, en el *Werther*, he querido ver el *wertherismo*: el caso patológico que no se extingue ni se extinguirá jamás al través de los siglos; ese estado morboso de alma colectivo que puso en evidencia la honda crisis moral y afectiva del siglo XVIII, en el que le tocó vivir y actuar a Goethe, quien al trazar la biografía de su héroe puso mucha de la propia, es decir, fuera de la realidad histórica del caso, la expresión sintomatológica de ese mal romántico que se prolonga en todo el siglo XIX con lo que Max Nordau —crítico y médico— llamó *el mal del siglo;* y se proyecta después en el siglo XX, con todos esos conflictos y desgarramientos, esos desencantos y angustias, que son la tragedia del individuo inadaptado, que se siente grande y pequeño, al mismo tiempo, libre y cohibido en la libertad de las democracias, por las cuales ha luchado infructuosamente.

Ese mismo *mal* que lo sintieron, en toda su hiperestesia, esas grandes sombras del pasado y del presente: Mariano José de Larra (*Fígaro*), Antero de Quental, Camilo Castello Branco, Manuel Acuña, José Asunción Silva, nuestro Medardo Angel, Alfonsina Storni, Leopoldo Lugones, Stefan Zweig... Ese mal, que los espíritus penetrantes de Shakespeare, de Goethe, de Tolstoi, supieron captar —aun antes de que se hablara del psicoanálisis— en la *Celestina*, en *Antonio y Cleopatra*, en *Werther* y en *Ana Karenina*, para no citar sino las obras geniales.

La misma tragedia espiritual de nuestros días —que vuelven a ser de crepúsculo y de transición— en la que flota la tristeza perenne del hombre que ha ido venciendo todos los monstruos del mundo exterior, hasta llegar a la liberación de la energía atómica, pero no ha sabido evitar que el gusano de la inquietud, del odio y del descontento anide en su corazón. Esta tragedia de la patria y del mundo de hoy, que la sintió el filósofo de nuestros

Agustín Cueva Tamariz

BIALIC
Un gran poeta judío

Por el Lic. *Alfonso Francisco RAMIREZ*

(En el *Rep. Amer.*)

Jaim Najman Bialic nació en Radi, aldea de Velhinia, Rusia, en 1873, y murió en Viena, en 1934.

La alborada de su vida, escribe Rebeca Mactas de Pelak, transcurre en medio de la gozosa serenidad de la Naturaleza. La magnífica primavera estallaba en más fuerza y verdor en su aldea natal, y el invierno se hacía más blando y rosado, formando con su dedo de nieve preciosos paisajes en los cristales vahados por los cristales de la escarcha. El río, el bosque, las montañas, hablábanle un lenguaje familiar, sencillo, sin misterios. La naturaleza era como un ave gigantesca, y el niño recibió su penetrante calor, ciegamente, como encerrado en un huevo.

Era hija de una familia pobre, cuyo jefe, Hirsh Vialik, murió dejándole huérfano cuando apenas contaba siete años de edad. La madre se encarga del sostenimiento de los pequeños. Fabrica pan. Pero la más dramática miseria hace presa de la familia, que se ve obligada a distribuirse entre los parientes.

Jaim va a casa de su abuelo, inteligente y culto conocedor del Talmud, y poseedor de una copiosa colección de libros hebreos, incluyendo la Cábala y sus comentaristas, y numerosos escritores hebraicos medievales, especialmente moralistas y filósofos. A los once años se sumerge en este ambiente iluminado por el genio de Maimónides y por la luz del *Kuzari* de Judah Halevi, y secretamente se inicia en el conocimiento de la moderna literatura judía.

Hasta los trece años estudia bajo la dirección de un maestro. Sus noches de soledad y de meditación son evocadas en poemas delicados y bellos como *En el umbral de la casa de estudios*. Con más libertad para elegir sus libros, se satura de la literatura de la Haskalá (*Ilustración*). Ingresa en la famosa Yeshiva de Velosshin. Cae en sus manos un volumen de poetas rusos judíos, en los que se halla Simón Samuel Frug, que ejerce en él una influencia definitiva. Se traslada a Odesa, donde principia su brillante carrera de escritor.

Publica entonces en el *Hammelitz* (1891) un ensayo titulado: "Idea de colonización en

Jaim Najman Bialic

Palestina", especie de manifiesto que causó honda impresión entre los dirigentes del movimiento sionista. Da a luz su hermoso poema, *El Hatzippor* (al Pajarillo), que es recibido encomiásticamente por la crítica. Muere el abuelo "cuyas pupilas, cubiertas con la ceniza del tiempo y el polvo de pergaminos seculares, animáronse muchas veces con una chispa de ternura hacia ese retoño de su carne, sensible e inteligente, al que consideraba como el heredero de su alma". Se casa en Zhitemir con la hija de un acaudalado comerciante, y durante cuatro años se dedica al negocio de maderas en la provincia de Kiev.

En 1897 se trasladó a Sosnewitze, Polonia, y allí trabaja como maestro de escuela cerca de tres años. En esta época escribe numerosos poemas, que le colocan entre los más notables poetas hebreos. Buscando ambiente más propicio a sus actividades intelectuales, y a invitación de sus amigos, se instala en Odesa. Su fama se va agigantando, y sus producciones, cada día más gustadas, son traducidas al alemán y al ruso. A la par que versos admirables, escribe interesantes leyendas y traduce Don Quijote de la Mancha, lo que le vale ser designado miembro honorario de la Real Academia Española.

Al triunfo de la revolución bolchevique, considerado ya como el poeta nacional del pueblo judío, abandona el suelo ruso en unión de otros escritores, con la intervención de Máximo Gorki. Vive temporalmente en Alemania y se instala definitivamente en Tel-Aviv.

Su producción es maravillosa, cualquiera que sea el ángulo desde el cual se la considere. Su labor original, de compilación y de traducción deja suspenso el ánimo, por su alta calidad literaria, no desmentida un solo instante. Para la literatura hebraica moderna, escribe uno de sus más sagaces comentaristas: la figura de Bialik constituye un punto de referencia ineludible. Si los prestigios de su estilo le han reservado un lugar eminente en el orden de la prosa, son sus méritos de poeta los que dotaron a su obra de un renombre universal. Su aparición en el firmamento de las letras judías fué el anuncio de una nueva era, de un nuevo despertar y de un vivo florecimiento. Las recias alas con que planeara otrora el genio de Rabí Yehuda Ha Levy y de Ben Gebirol, recobraron con Bialik la agilidad per-

---

días, Benedetto Croce, hasta abrumarlo de tal suerte que llega a experimentar el remordimiento, como un acto ilícito y pecaminoso, de dejarse momentáneamente arrebatar por el encanto del espectáculo que, desde sus balcones de Sorrento, le ofrece el Golfo de Nápoles. Porque hoy mismo, y antes de cicatrizarse las heridas, toda la Tierra sigue sintiendo la vibración lejana de una nueva tormenta. El mundo es, todavía, una gran herida... ¿Dónde está el hombre que no la haya sentido en su carne o en su alma? Primero había pagado García Lorca, con el sacrificio de su rica juventud, el delito de haber nacido poeta. Después es Antonio Machado, muerto en su trágica marcha hacia un campo de concentración. Y Heinrich Mann y Romain Rolland perdidos entre cruces gamadas y alambres de púas. Y Stefan Zweig, que experimentó en la intimidad de su vida privada, en su actividad literaria dispersa e interrumpida, el drama de nuestro tiempo; a diferencia de otros que aguardaron en el exilio la hora radiante del retorno, no pudo sobrevivir a su *Mundo de Ayer* y prefirió desaparecer entre las ruinas desmoronadas de la noche anunciadora de una alba nueva... Otro tipo humano, en este siglo XX, como el *Werther* de Goethe en el siglo XVIII, desaparecía con el gran escritor austriaco, en medio de las ruinas desoladas de nuestro tiempo, síntesis de esperanzas fallidas y de renovadas decepciones.

Todo esto no es sino la eterna antología del dolor, que se refleja en la galería de personajes representativos del teatro o de la novela, que comienza en *Saint Preux, Werther* y *Fautos*, y prosigue con los *Manfredo* y *Jacobo Ortiz, Obermann, René, Adolfo, Jocelyn, Julián Sorel*, tipos aquejados de muy diversas dolencias, pero que tienen de común el desconcierto y el desequilibrio de sus facultades.

Es la misma angustia cósmica, a la que se le llama con los nombres de diversas escuelas literarias: esteticismo, surrealismo, existencialismo, etc., formas de evasión de la realidad y términos que revelan el mismo complejo psicopático, que no es mal de ningún siglo —como dijo Rafael Casinos Asens— sino de todos los siglos; pues ya lo sufrieron los griegos y los romanos, y por él lloró Heráclito y rió nerviosamente Demócrito, cuyas convulsiones histéricas crispan la tersa prosa clásica de Virgilio —*lácrimae rerum*— que es, en suma, el propio dolor de la vida...

Y *Werther* —el héroe goethiano— como todos los atormentados del arte, se mata por algo más: por ese todo del universo, en que va incluída, como un simple factor, la propia Carlota, su amor imposible, cuya imagen es la clave, se le incrusta, se le introduce en la mente, fraccionando el pensamiento en mil pedazos y produciendo esa explosión emotiva, cuyo resultado es la torturante angustia, la tortura suprema, que oscurece la inteligencia y arrastra al individuo como un vendaval arrastra una hoja seca y lo lleva al suicidio, la expresión más enérgica y drástica del impulso emotivo-pasional.

Y, como ha dicho un crítico sutil, Goethe cogió ese cadáver real con la sien agujereada y lo aprovechó para suplantar su propia persona en el exorcismo del arte. De esta manera, la novela del joven Werther, es, pues, la historia del joven Goethe.

El macrocosmos, el mundo y la vida de Goethe, está visiblemente incluído también en el microcosmos, en la novela del *joven Werther*, que hasta hoy vibra, imperecedera, por la magia eternizadora del Arte...

Dr. Agustín CUEVA TAMARIZ.

Cuenca, Ecuador. Agosto de 1949.
Bicentenario del nacimiento de Goethe.

dida, y el canto melodioso del decir bíblico recibió una nueva palpitación profética.

Entre sus más renombrados poemas figura el titulado *En la ciudad de la matanza*, escrito después del progrom de Kishinev, durante la época zarista. Su voz flagelante, como la de los antiguos profetas, se levanta para condenar las crueldades inhumanas, y sacudir el espíritu del pueblo judío, en cierto modo adormecido ya por las persecuciones y por el sufrimiento. Dicen sus estrofas convulsas:

Ven hombre, a la ciudad donde se hizo la
[matanza:
y entre el montón de ruinas y de escombros,
[avanza,
y mira con tus ojos y toca con tus manos
sobre la cal del muro, sobre el árbol, la piedra
coágulos de sangre, de sangre espesa y negra
y fibras de cerebros y de miembros humanos.
Avanza entre hornos rotos y paredes deshechas
que como heridas muestran profundísimas
[brechas.
Por entre los cascotes trata de abrir camino
y sigue y te hundirás en un río de plumas
que te circundarán como sucias espumas,
llevando hojas de un libro, partes de un
[pergamino,
cristales hechos trizas, mil señales de ultrajes,
destrozos que parecen la obra de salvajes.
Pero no te detengas, sigue, sigue adelante
y verás las acacias de flor blanca y fragante,
tan sólo que las plumas se han pegado a la flor
y el olor de la sangre se ha mezclado a su olor.

Precisando sus más acentuados perfiles, Salomón Resnick en su magnífico *Esquema de la Literatura judía*, nos dice: Vigor faltaba a esa poesía valetudinaria y quejumbrosa, hasta que descendió a ella, desde su elevado parnaso hebraico, J. N. Biañik. Aunque su obra principal haya tenido su expresión en lengua hebrea, la poesía idish le debe gratitud. Ella adquirió de repente, con su aparición, un acento de vigor extraordinario, una fuerza hasta entonces desconocida. Los poetas anteriores a él cantaban con voz ahogada por el dolor; sus versos resonaban como letanías. Bialik, en vez de cultivar la queja milenaria, prorrumpió en gritos henchidos de cólera, en admoniciones proféticas, duras y sarcásticas. La explosión de fuerza y de alegría vital y el tono de iracundia que Bialik infundió a sus poemas en idisch, tuvo la virtud de vigorizar a este idioma bruscamente, convirtiéndolo en instrumento de expresión terso y enérgico.

Y concluye: Al lado de gritos agudos de dolor, trágico, mordaz, torturante, ha ido tejiendo Bialik, en poemas que son un dechado en su género, las cuitas de su pueblo lacerado, las penurias del joven talmudista que pasa sus años encerrado en el claustro sinagogal, encorvado sobre el Talmud, mientras que afuera la vida se desliza frenética y tentadora. Y paralelamente a estos aspectos adustos de la vida judía, el poeta descubre de pronto la nota tierna, maternal, cálida, de los juegos infantiles, con sus travesuras y ensueños, con su alegría desbordante y cautivadora, así como el sentimiento del amor sano y popular y la alegría de vivir, que produce la contemplación de la naturaleza, todo lo cual contrasta con la sombría existencia de los mayores, impregnada de angustia y de dolor.

Viene un poema, *La vara desnuda*, notable por su delicadeza íntima. Es así:

Deslizóse una rama en la tapia y dormita.
Yo también duermo así,
El fruto se ha caído, mas si soy tallo y rama,
qué me importa a mí.
Cayó el fruto, y de flor ya nada queda:
sólo hay hojas desiertas,
hasta que un día sople el viento y las arroje
sobre la tierra, muertas.
Después se arrastrarán largas noches tremendas,
sin sueño, ni reposo. Solitario, en lo oscuro
erraré, tropezando
mi frente contra el muro.
Y surgirá de nuevo la ardiente primavera,
y yo siempre pendiendo, solo, del tallo enjuto,
una rama desnuda, sin hojas y sin flores,
sin un brote ni un fruto.

Tiene poemas de un dramatismo intenso como son *En la degollación, Los últimos muertos del desierto, Yo sé que una noche...* Otros de suave y turbador lirismo. Tales: *Acógeme debajo de tus alas, El mar del silencio, El Cementerio, Soledad, Doblegóse mi alma.* Muchos de profundo sentido profético: *Llamad a las serpientes, Una tarde de Otoño, La última palabra.*

No menos interesante que su actividad poética es su actividad literaria en otros campos. Bialik es uno de los mejores cuentistas en la moderna literatura hebrea, en concepto de Shalom Spiegel, juicio compartido por las más altas autoridades en la materia. Su primera narración, o sea Aryuck Baal Haguf, transparenta la influencia de Mendele Mocher Setarim, sin carecer por ello de sello personal. Su safish, tiene finos aspectos autobiográficos. En sus trabajos científicos, Bialik se orienta hacia el tesoro de la antigüedad judaica: es considerado, en este sentido, como uno de los más brillantes paladines del renacimiento de la herencia clásica judía. En unión de Ravnitzki y S. Ben-Sión, publicó una antología de poesías hebreo-españoles en la Edad Media, tres volúmenes de poesías de Salomón ibn Gabirol y dos de Moisés ibn Ezra. En colaboración con Ravnitzki llevó a término una antología del Talmud en seis tomos.

En sus últimos días, nos dice Spiegel, fué Bialik un activo líder del movimiento sionista y uno de los más destacados miembros de la Universidad Hebrea. Fué, incuestionablemente, una de las figuras judías más representativas de su generación. A ningún poeta de Israel ha sido acordado semejante reconocimiento universal, estimación y afecto. A él cupo el honor de haber inaugurado una nueva era en la poesía hebrea.

Sus últimos años, los consagró al renacimiento de la cultura, del idioma y en general, del espíritu de Israel, que tiene en él uno de sus grandes hombres.

Lic. Alfonso Francisco RAMIREZ.

México, D. F. 1949.

JOHN M. KEITH, S. A.
SAN JOSE, COSTA RICA
Agentes y Representantes de Casas Extranjeras
Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)
Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)
Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)
Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)
Máquinas de Calcular MONROE
Refrigeradoras Eléctricas NORGE
Refrigeradoras de Canfín SERVEL
Balanzas "TOLEDO" (Toledo Scale Co.)
Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)
Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)
Equipos KARDEX (Remington Rand Inc.)
Pinturas y Barnices (The Sherwin-Williams Co.)
Duplicador GESTETNER (Gestetner Ltd. Londres)

La Escuela de Periodismo de Quito

Por *Augusto ARIAS*

(En el *Rep. Amer.*)

Palabras pronunciadas por el señor Augusto Arias, *Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, en la sesión solemne de la Escuela de Periodismo de Quito, en honor de los delegados al Congreso Panamericano de la Prensa.*

La Escuela de Periodismo de la Universidad Central ha querido dedicar este acto en homenaje al Quinto Congreso Panamericano de Prensa que celebra actualmente sus sesiones en la ciudad de las "Primicias" de Espejo, en la que se establecieran las prensas editoras de los primeros libros del Continente, después de las de México y Lima, y en la que el periodismo estuvo entrañado siempre de fe democrática y de aliento polémico, desde los primeros papeles fecundados por la pluma de los próceres, hasta las vibrantes hojas de *El Quiteño Libre* y los periódicos de Montalvo, de Proaño y Valverde y de Manuel de J. Calle.

Vosotros sabéis cómo la conformación de la Escuela de Periodismo, con perspectiva próxima a investiduras en el noble oficio de escribir para el público, ha sido recibida con general beneplácito en esta ciudad en donde hace dos centurias, aparecieron los primeros atisbos del periodismo en América y en la que, con un don de magisterio que marchaba hacia un presentir anticipado de la escuela activa, se enseñó, por el inolvidable Eugenio Espejo,

lo que es papel periódico, impresor, redactor, comentario y noticia.

El aprendizaje del periodista tiene que ser más veloz y realístico que ningún otro. Y quien apuntó en alguna vez que el periodismo es la especialización de lo inespecializado, estuvo en el punto justo del acierto. Porque el periodista tiene que tratar de todos los asuntos o referirse a ellos por lo menos en el alusivo corte de la noticia. Microcosmos este que parece no da tiempo al reposo de los grandes libros, aun cuando el periódico haya de ser, por su misma naturaleza, el libro que se escribe día a día por varios o por muchos, y en el que palpita sobre todo el personaje colectivista y en el cual colabore, acaso sin saberlo ni sospecharlo enteramente, el mismo lector que es el que hace, en definitiva, la opinión pública.

No estaríamos fuera de lo probable si sostuviéramos que la Gramática del periodista no es propiamente la del Académico; si afirmáramos que la pulidez del estilo no puede avenirse siempre con ciertas materias del diario y, si, por fin, dijéramos que el escritor de paciente lima, el que se priva por la escultura de la frase o la elegancia preciosista de los giros, no se ha hecho para la faena sin cansancio, de improntu, de claridad, del columnista de nuestros tiempos.

Todos estos problemas se ponen actualmente a la consideración de los jóvenes discípulos de la Escuela de Periodismo de nuestra ciudad, los cuales están asimilando, desde la ciencia infusa del editorial hasta la filosofía del titular, que es la esencia de la noticia y también un poco de matemática. Los que están comprendiendo más que oyendo que el noticierismo es el que nutre a la voz editorial y da espacio al trabajo de quien debe llenar la columna ligera que logra desarrugar el ceño de la literatura. Y ya saben como no es posible tratar de cuestiones de periódico, si no se ha entrado también en la averiguación, siquiera fuese elemental, de la estructura del linotipo y de los nombres distinguidos en puntos y letras, que se asignan a las matrices.

Nuestros estudiantes, en esta fecunda hora del aprendizaje, están más cerca de la vertiginosidad del periodismo, con el afán descubridor de la noticia que ha de fijarse así en el cuadernillo de sentido taquigráfico como en la mente en la que se despierta la facultad de lo inquisitivo. Vaivén interesante en el cual se hace pronta la memoria y sagaz el poder de las asociaciones. Marcha diarística que les confiere el gusto de vivir adelantados. De vivir en algún modo el día de mañana, el que para nosotros es el del conocimiento de los sucesos y que ellos ya lo saben anticipadamente, con su pie de postas en el paso siguiente del calendario. Aprendizaje de univrsalidad y de humanidad, entre uno de cuyos resultados siempre provechosos para la sociedad y para el hombre, obtienen el del discernimiento que pasa, separando o calificando, insistiendo y olvidando, sobre el hecho de importancia o el fugaz acaecido.

Los estudiantes de la Escuela de Periodismo de la Universidad Central, han querido, con justo derecho, estar presentes en los actos que se dedican a los periodistas de los países de Nuestra América que han llegado a nuestra ciudad en visita sin engolados protocolos y con el lápiz propicio para apuntar los rasgos de su paisaje. Y con esta grata oportunidad organizaron un electorado de juventud y de entusiasmo, tanto más distinguido por la fortuna, cuanto que los sufragios han proclamado con la elección de Señorita Periodismo, a la señorita Estela Pinto Rubianes, culta y distinguida, cuya presidencia en esta sesión cordial despertará los siempre suavizantes motivos de la espiritualidad y de la gracia.

Estudiantes de periodismo que aquí se han congregado, en este Salón de la Ciudad, sobre cuyas baldosas de antaño se marcaba el paso inquieto del Doctor Espejo, del primer periodista de América en la cronología y en el valor, y del primer bibliotecario público que en este mismo recinto levantó sobre los pesados anaqueles de la Colonia, la inquietud despejadora de los primeros libros. De ese ingenio satírico para sanear y recompensar, que amó tan entrañablemente a su patria y quiso formar la Escuela de la Concordia, para que unificados en la voluntad de su servicio pudiesen trabajar con el continente de sus influencias o de su talento, de su energía o de sus luces, los criollos y los mestizos, al lado de los Marqueses, alguno tan ilustre y democrático como el que supo honrar a su título de Selva Alegre.

Intuyo que varias de estas evocaciones estarán surgiendo en el pensamiento de los periodistas invitados a este acto y en el de los jóvenes estudiantes de la Escuela de Periodismo, para cuyo lápiz cotidiano deseo el filo más noble y patriótico y quizá también el más resuelto y crítico. Ellos, mañana, muy pronto, tendrán que informar y comentar, que criticar y juzgar. Y si lo hacen con la mayor firmeza que es siempre la consejera de la justicia, merecerán que se les llame con esas palabras que el Doctor Espejo dirigió a los quiteños: "Sed felices; lograd vuestra suerte a vuestro turno; sed los dispensadores del buen gusto, de las artes y de las ciencias".

Completa y documentada biografía del Benemérito de las Américas. En Costa Rica se vende en la Adm. de Rep. Amer. *y en la Librería* Trejos Hnos., *al precio de* ₡ 8 *el ejemplar. Para el exterior*s 1 dólar. *Pídalo, acompañado de su importe, a Ediciones Iberoamericanas. Apartado Postal* 1784. *México D. F.*

Flores de Espíritu

(En el *Rep. Amer.*)

Flores de espíritu son las dos nuevas producciones del amigo, en comunión perenne con la amistad y la belleza, Vicente Echeverría del Prado. Frutos, ambas, del encendido anhelo de asir lo ideal inasible. De tal imposibilidad arranca el dolor del poeta amigo. Su misticismo elocuente, balbucea el deseo inexpresable de hablarle a la Belleza.

La primera flor se llama *En Tiempo de Gacela;* la segunda, *Lindero Amor* (Cartas de intemporalidades a Iberoamérica). Con enfoque de donación rica y amorosa, presentan, ambas, una faceta de rara belleza global. El pintor mexicano Lorenzo Morales Landyn engalanó la portada de cada libro; Gabriel Fernández Ledesma, quiso contribuir al ornato total con ilustraciones sobrias y adecuadas.

Del primer libro, el exordio, es todo un tratado de estética, que cobija una buena parte de crítica para aquellos que rindiendo culto a lo rectilíneo por ser —casi siempre— sinónimo de fácil y rápido, externan pareceres poco gratos a los que, como nuestro distinguido amigo, son martirizados por un afán místico de hallar la Belleza pura y expresarla casi con sólo ideas. Y, ahí está la tragedia del poeta que es esteta innato. ¡Ideas puras! Mente sin sonoridad...! Tal es la meta de sus desasosiegos. Algunas veces logra comunicarnos sus visiones con palabras incorpóreas.

En su defensa, acude, el amigo, a citas ajenas y a propias con tanta substancia convincente como las primeras. Pero, ¿logrará convencer a los de la escuela de la facilidad? "El pensamiento no es más que una sucesión de acercamientos al Absoluto inalcanzable", ese Absoluto que se afana por conocer y hacernos llegar. Mas su polémica es elevada, como su alma y su poesía. "Es a ellos a quienes deseo dedicar, con lo mejor de mi lástima y de mi indiferencia, este pequeño manantial de futuro canalizado". Y en cuanto a los argumentos de los otros, sabe reargumentar acertadamente. "Paradoja: esto es, paradoja. Paradoja es la ciencia que estamos viviendo; paradoja es la belleza que hoy circula; paradoja los medios de expresión de tal belleza, entre los que, si vale la palabra, el diccionario queda reducido a mera seña de connotaciones vulgares de las que, en la hora solemne de los misterios, se tiene que prescindir por acta de asombros". "La ciencia y el arte son un dichoso, decidido y espontáneo culto por el misterio: un desvío escolástico del contenido dogmatista que estructura los cuerpos de doctrina en que se palpa la necesidad fundamentalmente humana de abrir un cauce de justificación indestructible a la sombra que somos entre la sombra que es todo lo que a nosotros se acerca bajo cualquier denominación o imagen de presencia. El arte y la ciencia son, funcionalmente considerados, el imperativo que nos obliga a sentirnos perpetuamente forjadores de esperanza". Los hacedores de lo fácil e insubstancial, carentes de la óptima manifestación mental, podrían aprender en el pórtico de *En Tiempo de Gacela.* Ya, otras autoridades, han dejado oír su voz, ante el temor de que las orquestas del futuro sean integradas

por instrumentos de percusión, por ser los que más al alcance están de los amantes de lo fácil. ¿Nebulosidades en su poesía? Pero, ¿es que no hay quién no sabe captar la intención del poeta? ¿No quisiera él describir lo bello con ideas puras? ¿No es esto el anhelo óptimo de todo poeta? Al término de su alegato, refunde su pensamiento en esta fórmula: "En viejos moldes, perfumes de ahora con esencias de siempre".

Recojamos algunas muestras de tal deseo:

Jamás te vivirá quien no posea
una palabra para abrir las arcas
que asientan tus misterios sobre cimas
de júbilo con llanto diluviadas
para cubrir la inútil alegría
con naufragios de sueño en esmeraldas.

. . . .

Oh, tú, dístico ser en que adivino
a Dios enamorado de una lágrima
que de su amor cayó sobre el vacío
pintándole sonrisas a la nada.

. . . .

Dios te formó para no hacer de carne
la dolorosa dimensión del alma
que de sus manos a su fin salía
en medio de una nébula de lámparas
provistas de tu aceite y de tu soplo
infundidor de intrépidas distancias.

. . . .

Seas mi vida tú, Santa Poesía,
música de la imagen, claro velo
tras el que una vorágine de cielo
abre la noche desmayando el día.

. . . .

Sé tú el cuerpo que busca mi ardentía
con la mano desnuda donde lleva
desiertas áreas de ternura nueva
en abismos de absorta fantasía.

. . . .

Nada quiero del mundo que no sea
el camino hacia ti por la cañada
de los alejamientos en jornada
de pájaros al pozo de la idea.

Ya le dije al jardinero productor de tales flores, que ellas no eran para el gran público, sino para unos pocos, muy pocos, y que sus libros no serían nunca un éxito editorial.

El primer libro, consta de cuarenta y ocho composiciones, la mayoría de ellas, sonetos. El segundo, con el mismo formato de lujo severo, de veintiuna. Para el verbo divino que orea en el cielo americano, traído por los aventureros hispanos, todo el contenido es. Oraciones cálidas de consideración para los vates de allá y los de acá que hicieron el milagro de la eternización de la poesía de las dos culturas.

Y para el amigo lejano en comunicación conmigo por conductos espirituales, toda mi comprensión y mi admiración por su febril desasosiego y por la valentía empleada en contraatacar a los adversarios de visión corta y de intenciones largas. Que para los que hacen de la amistad un culto, tengo a su disposición todos los frutos de mi hacienda espiritual, y en el templo de mis dioses preferidos, ocupan ellos lugar de privilegio.

Lorenzo VIVES.

Finca *Monticel.*
Cervantes. Costa Rica.
Octubre de 1949.

El poeta y Cadenciosa

Es un poema de *Fabián DOBLES.*

(En el *Rep. Amer.*)

No pediré que vengas
por ese solitario
camino que conduce
hasta mí.

Porque ya he aprendido
la ubicuidad del aire
y el viento peregrino,
estoy, como la voz
inigualable del silencio,
en lo recóndito presente
sintiéndote, anhelándote.

Y te cosecho con mi hoz
invisible:
Saberte
únicamente mía
dentro de mí.

No me busques en casa, amiga mía.
No llames a la puerta de mi vida
sonriendo: "Buenos días, ¿está el amigo?"

Deshazte entre los vientos inclementes,
interroga a las tiernas madrugadas
con su oleaje de pájaros y números
sin cifra conocida, sin sentido
del tiempo. Ama el espacio
virgen, en que ya todo es conocido
desde siempre y está
presente en esa ausencia llena, límpida,
donde cabemos todos.

Allí, si tú, completa, te desnudas
de recuerdos y olvidas los deseos
que titulan tus pasos, y acaricias
la suave lentitud de los minutos
pletóricos de signos y de estrellas,
te encontrarás conmigo.
Aunque ya, por lo hondo,
aunque entonces, de mucho
que me hayas descubierto,
se te extravíe mi nombre
y sólo seamos
tú, la vaga línea del horizonte.
Yo, un anhelo tuyo por recordar el sueño
que hubieras querido
alguna vez soñar.

No es que yo quiera, hermana, Cadenciosa,
este mi andar perdido
guiando mi humilde carro de silencios
por entre las estrellas y las flores.

Es que, cuando nacemos,
alguien, quizá uno mismo,
nos hiere entre la frente
con ese loco dardo que llamamos
ingenuamente céfiro, emoción, claridad.
Y es sufrimiento, sólo.

Y expiramos, naciendo.
Y agonizamos hasta
en mitad de la vida más repleta.

Y sólo hallamos paz
sin paz, y sólo hallamos
vida faltándonos la vida.

Si yo te tengo —y sé
que yo te tengo—
es por mi condición
de no tenerte.

Porque todos los brazos
son mis brazos,
y la tierra que oprimes
es mi propio
corazón siendo tierra
para que tú camines.

El aire que respiras
yo lo expiro.

Y la vida que vives
es la muerte
de que agonizo viéndote
cuán lejos vas de mí,
siendo, cerca, tan mía.

Para quererte en esa plenitud
tan tuya y vegetal,
tan mineral y mía,
tan sideral del sueño desde donde
te viven esculpiendo mi júbilo y mi angustia,
Cadenciosa, has tenido
que desbandarte en multitud
de pájaros y voces y llamados.

Por eso veo tus ojos
en el rocío temprano, hecho de rosas.
Y siento que tus manos inasibles
son caricia en el viento de la tarde.
Y tus floridos pechos,
caracoles de luz, rosadas nubes,
los llevan en sus picos primorosos
todas las golondrinas.

¡Mira cómo sonríes en la aurora
y tus labios que nunca me han hablado
burbujean en el vino y en la leche
y en el agua que canta!
¡Si tus pasos de inaccesible antílope soñada
me los cuentan las horas,
los minutos, los siglos
sobre mi corazón!

Así tú eres mía, Cadenciosa;
una constelación de voces y de signos,
mis ojos que te buscan solitarios
y la incansable abeja de mi sueño
que libándote va de rosa en rosa,
de silencio en silencio,
Cadenciosa.

Y a veces, seria, seria,
te me quedas mirando en cualquier rostro
que pasa y que no sabe
cómo me llamo yo,
cómo es que tú te llamas.

Tú no estás dentro del tiempo,
ni vienes de fecha exacta.
Te sé de una hora profunda
de relojes ausentada,
que ni es, ni ha llegado,
ni se me anuncia, ni pasa.

Porque dado no me fué
darte forma consumada,
Cadenciosa, sólo te oyes
por oídos sin palabra,
y me llegas caudalosa
desde la ignorada página
de un recuerdo sin recuerdo,
transparente, iluminada.
Grito que nadie pronuncia,
alba que sí imaginada.

A ti la gracia debo de llamarme
buscador de canciones en la sombra.

Tú, que mi lamparilla inagotable
eres, Innominada mía, y Cadenciosa.

A ti la gracia debo de no hallarme
nunca solo conmigo, inhabitado.
Pues de ti en silenciosos vendavales
me visitan las horas que saben conversar
y tienen rostro
de noches de verano claras y estrelladas.

A ti la gracia debo de no ser
exactamente ciego,
completamente huérfano de ríos subterráneos,
y dueño ser de un límpido trigal donde
[germinan
estremecidas voces, gozos desconocidos,
tan iguales, por hondos, a la angustia.

A ti la gracia, Innominada, debo
de poseer un nombre humilde entre las flores,
de que por mi apellido de agua
me llamen las estrellas,
y para mí fabriquen las abejas del sueño
su inagotable, inmarcesible miel.

Te estoy, por eso, agradecido.

Y hasta de que me ignores abismáticamente.
Porque de abismos soy, y puedo así llenarme
de ti, Innominada, Cadenciosa.

Cadenciosa de mí.
Innominada, siempre, del ensueño.

Mi corazón ya es hombre.
Alta fronda en el viento,
raíz honda que escucha
desde debajo el eco
más puro y soterraño,
habla con el silencio.

Mi corazón ya es hombre.

Ahora que siente el miedo
de escuchar, porque tiene
conciencia del recuerdo,
sabe que está sembrado
sobre oscuro terreno
como arca infinita
de verdades y sueño.

Mi corazón ya es hombre.

Se le ha hecho el dolor
tan familiar y dueño
de su eterna vigilia,
que es un dolor sin tiempo,
acerado y filoso
como brasa en el fuego.

Mi corazón ya es hombre.

Cuando mira, tan ciego
a lo que sobra y sólo
a lo que falta atento,
sabe que no hay más ciencia
que quedarse perplejo,
tiernamente asombrado,
y abierto, siempre abierto.

Mi corazón, quizá,
comienza a hacerse bueno.

Solía, por las mañanas
conversar con las gotas del rocío.
Y en las tardes, a veces,
reír de cualquier cosa
que le contara el viento.

Podía suceder
que en mitad de la noche se durmiera
—una pequeña estrella por almohada—
hasta el amanecer.
Y que al despertar
dijera:
¡Dios, qué hermoso
es todo eso que oí
que le decía la golondrina
al granillo de trigo que nacía!

Y, como le estorbase,
cierto día cogió su corazón e hizo de él
infinita bandada de gorriones.
Y, como le pesara demasiado,
la voz se le fué yendo
en manantial de rosas.
Y cambió su mirada por un sorbo
de vino de esperanza.
Y entonces la mirada no fué triste
sino como una vela desplegada
en mar de inesperadas lejanías.
Un año nuevo, sin percatarse de cómo,
voló hasta los cielos y se sentó a la diestra
de la angustia infinita.
Y la vida, con esto,
fuésele convirtiendo en una sola,
inefable sonrisa.

No; nadie pudo nunca decir: locura, ah,
se ha extraviado de sí, y señalar la sien.
Porque él, sencilalmente, pasaba por la calle.
Y como hacía todo eso, y más cosas hacía,
sin palabra decir, sin pronunciar un gesto,
casi como si siempre estuviese dormido,
nadie sabía que por las mañanas
podía conversar con el rocío
como conversa el padre con su hijo,
o reír de esas cosas dulces, llenas,
que le contara el viento.

En San José de Costa Rica. 1949.

La fiesta en Aspen

Por *Arturo* USLAR PIETRI

(En *El Nacional* de Caracas. 20 Julio 1949)

Mientras en varias capitales de Europa se reunen comisiones y congresos para estudiar la dramática situación del mundo, en Aspen, una alta y pequeña ciudad de Colorado en los Estados Unidos se reunen algunos de los intelectuales mayores, artistas, profesores y estudiantes para celebrar el segundo centenario del nacimiento de Goethe. Es una simbólica fiesta de intenciones y de esperanzas. Un banquete platónico. Un simposio para hablar, aprender y descubrir luces. El mundo vive una hora nocturna, oscura y tempestuosa, y los que van a Aspen buscan las luces en aquel hombre del siglo XVIII que pareció haber encontrado el secreto de la sabiduría y de la serenidad. En aquel sublime cuerdo.

Han ido a Aspen a llevar su mensaje algunas extraordinarias figuras de esta hora. Está allí Albert Schwaitzer el alsaciano evangélico, sabio en Goethe y en Bach, gran organista y gran teólogo, que desde hace cuarenta años vive santamente en Africa entregado a la caridad sirviendo de médico a los negros de la zona ecuatorial. Está allí también Ernest Curtius, el más fino doctor en letras y en espíritu alemán. Está también el asendereado Ortega y Gasset con sus nieblas alemanas hiladas a la luz del Escorial sin poder representar la rota unidad moral del mundo hispánico. Están otros ilustres hombres de pensamiento.

En la pequeña ciudad hay un ambiente de fiesta de la cultura. De las conferencias se pasa a las discusiones, de las discusiones a los conciertos al aire libre. La más noble música alienta las angustias del espíritu. Es la feria espiritual abierta a todos. En las vitrinas de las agencias de viajes junto a la silueta del Puente de la Puerta Dorada, está el perfil de Goethe invitando a una breve y profunda aventura.

Es revelador este fervor que reune a tantas gentes venidas de tanta distancia para celebrar el nombre de un alemán que nació hace doscientos años. Algo debe de haber en ese hombre que el mundo de hoy no tiene y necesita, o que cree no tener y necesitar.

Poco sé yo de Goethe. No sé siquiera su lengua, y él, antes que nada, es un poeta alemán. Es un hombre que sacado de su lengua, se muere como un pez sacado del agua. Lo he leído en traducciones, y lo he leído por mucho tiempo, por años viví bajo la fascinación de *Fausto*. Pero no llegándole a su lengua alemana sé que no le he llegado ni a la piel ni al alma.

Pero con todo ello algo poseo de su imagen. Y esa imagen es en gran parte como él la quería. La de una superior serenidad feliz y casi divina. Como en el retrato que le pintó Tiebeschen en la madurez de su viaje italiano, donde reposa reclinado en una campiña del Giorgione, centro de los valores y de las formas, rodeado de los despojos de la civilización antigua.

Esa imagen era la forma de su victoria contra lo demoníaco. Mefistófeles subía todas las tardes a su torre de apetito y de orgullo, pero él había sabido conocerlo y dialogar con él. La tentación del diablo no podía vencerlo pero lo seguía poniendo en peligro para hermosear su vida y darle un tono heroico a sus sentimientos.

Porque él que es un hombre del racionalismo va a buscarle la esencia secreta al mito alemán medieval. El sabe que el caso del Doctor Fausto no es sólo una conseja y un tema de baladas. Sabe que es riesgo vivo y verdadero de toda alma grande. Siente que hay en ella un símbolo profundamente revelador del alma alemana y logra transformarlo además en uno de los grandes mitos fundamentales de la cultura occidental. El es quien aisla lo demoníaco y lo faústico en la esencia del hombre de Occidente.

Es sin duda Goethe un hombre universal. Acaso sea el último hombre universal que ha dado Europa. El hombre verdadero para quien nada de lo humano es ajeno. Todo le incumbe. Todo parece pertenecerle. Y ésta es precisamente una de las formas de la tentación demoníaca. Pero esta condición de universalidad no le viene de lo abstracto. Es fundamentalmente un alemán arraigado en lo alemán. Fuera del viaje de aprendizaje a Italia, en toda su larga vida no sale de Alemania. Vive en Frankfort, en Leipzig, en Estrasburgo, en Weimar. Se enamora de alemanas. Trágicamente de jóvenes alemanas en su juventud, serenamente de jóvenes alemanas en su vejez. Pinta los paisajes que lo rodean. Estudia las plantas que encuentra en sus paseos. Y todas las cosas del mundo, como un mar que rodea una isla, vienen a alcanzarlo en su diminuta y risueña corte de Weimar. Todo lo que tiene lo tiene en

Alemania y todo lo que da de Alemania lo saca. Por eso de Alemania saca el mito medieval de Fausto y lo convierte en el mito central del mundo occidental.

Su universalidad está hecha de su localismo. Por eso mismo es ocioso ponerse a preguntar a cuál Alemania representa Goethe. El no representa una Alemania determinada. Por ejemplo, la Alemania del espíritu contra la de la ambición de poderío, o la del pequeño principado contra la de la Prusia imperial, o la del siglo XVIII contra la apocalíptica del siglo XX. El, en verdad, representa lo esencial de todas ellas, lo permanente y lo indestructible del espíritu alemán que está presente en las más enemigas formas de las más irreconciliables Alemanias.

A ese hombre es al que vienen a conmemorar con tanto fervor los angustiados pensadores del mundo de hoy. No en vano el mundo de hoy es por excelencia un mundo faústico. Un mundo que ha oído la tentación mefistofélica y ha vendido su alma por el gozo del poderío ilimitado.

Por eso mismo el tema de esta fiesta en Aspen sea acaso más vital e importante, y sin duda más verdadero, que el de todas esas sonadas conferencias de Cancilleres y reuniones de diplomáticos donde el mundo occidental no llega a hacer el examen de conciencia ante sus trágicas contradicciones. Y precisamente a lo que se parece lo de Aspen es a un examen de conciencia.

El faústico mundo en que vivimos se acerca angustiado, amenazado de muerte por sus propias armas y por sus propios extravíos al recuerdo de un hombre que en casi nada se le parece. A aquel alemán del siglo XVIII que creó algunos mitos fundamentales, que dialogó sabiamente con Mefistófeles, que levantó en su jardín, al que llegaban todas las brisas de la tierra, la estatua del Límite, y que alcanzó por la santidad del gozo estético la serena posesión de su yo.

El mundo moderno está poblado de escépticos, de especialistas o de sectarios. Nada de esto era Goethe y nada tiene que ver con la gente de esa laya. El intoxicado partidario, el mutilado especialista y el escéptico sin sangre poco pueden entender a ese hombre ejemplar en todo lo contrario. Ni siquiera podrían entenderle la más sencilla lección. No la de *Fausto*, no la de *Wilhelm Meister*, no la de *Ifigenia*, pero ni siquiera la más llana y familiar. Les parecería algo menos que un loco si le oyeran decir tan sólo: "Deberíamos cada día, al menos, oír alguna canción, leer un buen poema, mirar un hermoso cuadro y, si fuera posible, hablar algunas palabras razonables".

Lo más importante que podría aprender de Goethe el hombre moderno es precisamente eso: una actitud de gusto por lo humano y por la vida. Tener fe en la vida, entregarse a ella y amarla. Porque en ella está contenido, de modo visible y oculto, nuestro destino verdadero. Hay que atreverse a ser feliz, que era lo que decía Goethe.

Que el turbio mundo moderno tiene sed de este mensaje nos lo está diciendo la pensativa multitud que se ha reunido para la honda fiesta en Aspen.

Nueva York, julio de 1949.

Las Repúblicas "desunidas"

Por *Mariano* PICON SALAS

(En *El Nacional* de México, D. F. 12 Octubre de 1949).

En documentado artículo del diario *Excelsior* el periodista mexicano Pedro Gringoire hace el proceso vivo, a veces trágico, de aquellas fuerzas de inercia y miopía cultural y política que erigen entre nuestras repúblicas hispanoamericanas una atmósfera de aislamiento mutuo y casi diría de incomprensión. Mientras que no sólo la comunidad lingüística e histórica, sino también todos los azares y apremio de la vida presente recomendarían mayor identificación y conocimiento entre nuestras débiles naciones, los pequeños cálculos y los pequeños nacionalismos cierran cada día más las fronteras. Aunque los mensajeros gubernamentales se cambien cuando van de uno a otro país hermano, todo género de cumplidos, y hagamos en discursos diplomáticos uso y abuso de los héroes, la cruda realidad es que para un posible y necesario conjunto anfictiónico, pocas veces estuvimos más encerrados dentro de nuestro lindero nacionalista. Y como de los Estados Unidos siempre esperamos nuevos préstamos y mercedes, gran parte del esfuerzo que deberíamos emplear en nuestro familiar entendimiento, lo gastamos en zalemas, a veces inútiles, a tan poderoso vecino. Entender que por sobre el Panamericanismo que se nos impone como ineludible contingencia geográfica y como cooperación técnica y financiera para nuestro desarrollo material, existe un Hispanoamericanismo más de entre casa, vínculo y sentimiento que brota no sólo del hontanar histórico sino también de la insuficiencia de cada país, es lo que frecuentemente se olvida en los planes de economistas y políticos. No pueden mortificarse por eso, los "buenos vecinos" ya que cuando ellos tratan de fortificar su tradición, los "patterns" sobre los cuales se dibuja su Historia y su conciencia nacional, no nos convocan a nosotros. ¿No fuimos nosotros, los latinoamericanos y en general toda gente de idioma romántico, discriminados por aquellos celosos genios étnicos de la Inmigración norteamericana que querían poco aporte de sangre meridional en su territorio para que no contamináramos el legado puritano, los venerables modelos del mesianismo racial anglosajón?

Y se quejaba el articulista de que mientras el norteamericano goza hoy de una especie de extraterritorialidad en todos los países de América, y las ventajas del pasaporte y la propaganda turística se desvelan por atraerlo, no ofrecemos a nuestros hermanos de raza iguales facilidades. "Para poder viajar con el mayor número de facilidades consulares y migratorias en Ibero-América —dice Gringoire— vale más ser ciudadano norteamericano, que miembro de nuestra gran familia de pueblos hermanados por la lengua, la cultura, la tradición, etc. Hay países donde el ciudadano norteamericano entra y sale con una simple tarjeta expedida por las compañías aéreas, mientras que el pobre hermano de raza, de tradición, etc., tiene que hacer colas y antesalas para obtener una visa formal, mediante la presentación de una docena de certificados, comprobantes, etc." Es decir, los hispano-americanos se están tratando entre sí con la más reticente extranjería. No es pedir mucho que se les acoja en cada país en la misma forma que se recibe a los norteamericanos. El fenómeno que en el Norte de México se llama "pochismo" o imitación y halago a los norteamericanos, no sólo en sus cualidades sino también en sus defectos, se confunden en algunos países con la necesaria pesquisa de dólares. Como en el mito de un "Santa Claus" munificente, de escarcela inagotable, se mira en muchos sitios al vecino sajón. Hay ya el criollo que se mimetiza hasta colocarse las floreadas camisas y estridentes corbatas, de color de sinfonola, a veces bastante feminoides, que traen los turistas; el que rebautiza en inglés su tienda y negocio como para que cuando los norteamericanos viajen por nuestros países, tengan la confortable ilusión de que recorren el Sur de su Imperio. Estamos amenazados ya en Hispanoamérica de hablar en un español "básico" como el que se emplea en algunos clubes rotarios y "oficinas de bienestar" de Compañías estadunidenses; de que el poco confort y agrado material de nuestras ciudades sea para el exclusivo disfrute de tan prósperos visitantes y se reserven para ellos —como para los Lores ingleses en la India— los mejores sitios, dejando las pocilgas a los "nativos".

En cuanto a nuestra desunión hispano-americana, Pedro Gringoire ofrece algunos datos impresionantes. Hay cada día, nos dice, mayores barreras al intercambio cultural, al intercambio de visitas; más enojosos trámites y papeleos para trasladarse de un país a otro. Las barreras del intercambio cultural son especialmente graves porque si el libro en idioma inglés puede entrar a México con la deseable franquicia, el libro chileno o argentino —a causa de los controles de cambio de sus respectivos países— paga un 40 y hasta un 50 por ciento ad-valorem. Es decir, que llegará el tiempo en que hasta para informarnos de lo que ocurre en cada nación hispanoamericana, será necesario buscar las fuentes de información en idioma inglés. Si corresponde al intercambio científico y literario fortalecer nuestra conciencia común, universalizar los valores de la Cultura hispanoamericana y facilitarnos una imprescindible experiencia en Arte, Educación, Tecnología, pocas veces como ahora nuestros países estuvieron más encerrados dentro de sí mismos. En tan culta nación como Colombia —observa Gringoire— está suspendida, de hecho, la importación de libros. "El libro entra de contrabando, como cualquier facineroso, atravesando cordones de guardias aduaneros, en pequeños paquetes, de uno a dos ejemplares, disimulados y por correo ordinario". En la carrera de Nacionalismo económico que parecen emprender todos los países, ya se practica un peligroso sistema de represalias porque si Colombia somete a rígido control los libros de Chile, México o Argentina, estas naciones crearán idénticas vallas a la producción colombiana. Así la vida espiritual hispanoamericana, en el tiempo del avión y las comunicaciones fáciles, está cayendo en un provincialismo, en una estrechez cantonal que no se conocía hace un siglo cuando desde Chile Juan María Gutiérrez podía comentar a los principales escritores de América o Manuel Nicolás Corpancho preparaba desde México, con lo más escogido de la literatura continental, sus *Flores del Nuevo Mundo*. ¿Es que puede mejorarse la Cultura de América —aunque los Gobiernos inviertan cada día más dinero en Institutos— si no hay la posibilidad, siquiera, de que un investigador de Caracas sepa lo que hace su colega de Buenos Aires o a la inversa? ¿No es nuestro mejor tributo a los héroes y a la

unidad hispanoamericana, tan propalada en los discursos, insistir en aquel hispanoamericanismo a lo Bolívar que para la gran obra de conciencia continental que creara, jamás pensó que Unanue era peruano, ni Olmedo guayaquileño, ni Zea neo-granadino, ni Gual venezolano?

Cuidado, si este pequeño nacionalismo político, económico y cultural en que nos estamos amurallando, no es la peor forma de un "complejo colonial" que malogra el destino y el esfuerzo de toda la América Hispana.

Si no superamos en un plan más amplio esta angosta política del cantón, habremos de permanecer como a la zaga de la Historia; demasiado débiles y pequeños para marcar nuestr impronta en los sucesos, arrastrados como los dispersos asteroides de una constelación rota, en el torbellino de una vida mundial en que nada podremos decir y nada podremos decidir.

Recreo sobre las Novelas Ejemplares

Por *Alfredo* CARDONA PEÑA

(En el *Rep. Amer.*)

Con la fiesta de la novela grande, que es la hija mayor y más bella, las hermanas pequeñas se han quedado a la vera del baile, sospechando envidiosas los galanteos del erudito, y no ha faltado quien diga, mirándolas sin pretendiente, que todavía no están casaderas. Pero sucede que las doce doncellas conocen del mundo tanto como su hermana, y aún más, si se las sabe escuchar y entender, pues ellas, que tuvieron la mala fortuna de nacer después, diéronse prisa en igualar condiciones. Así, una noche de las calurosas de junio, sin ser vistas de nadie que no fuera el firmamento, salieron del castillo a contemplar la vida.

Aquí las tenemos de vuelta, un poco sonrojadas por las cosas que oyeron y los trances que presenciaron, tan hermosas como doce manzanas; y mientras la hermana mayor, que a Dulcinea responde, brilla con su traje de noche embobando bachilleres, suspendiendo sabios y maravillando linajes, ellas conversan entre sí, solazándose con las miradas que ya empiezan a caer en torno.

Hablan, pues, estas doce galanuras de don Miguel Cervantes, y comentan los incidentes de la escapada:

—"Yo, dijo Preciosa, hice amistad con los gitanos, gentes que como sabéis son señores de los sembrados, de las selvas, de los ríos y de los montes. Las cosas que me acontecieron no son para referir en tres palabras. Baste saber que me hice docta en toda clase de decires, y que nadie me hizo sombra en lo tocante a recitar coplas, seguidillas y zarabandas, especialmente romances, que los aprendí con sin igual donaire. Nadie humilló mi honestidad, nadie puso un dedo sobre mis trenzas. De plata, de oro y de carbunclo me dijeron que era, y de regreso quiso el aire agarrarme y hacerme suya. "Corre, Preciosa, corre", oí que me decía Federico, un gitano legítimo, con los ojos de aceituna y la voz huracanada. Yo corrí y aquí me tenéis".

Habló la segunda, llamada Leonisa:

—"Grande cosa me ocurrió; estando en un jardín riñeron por mi belleza dos amantes; Ricardo se llamaba el uno, Cornelio el otro; desmayéme, huyeron todos, y aprovechando el río revuelto aparecieron cerca de veinte turcos. Fuí robada por ellos, y lo mismo sucedió a mi galán. Los incidentes y amarguras del cautiverio, quédense para otra ocasión; sólo puedo deciros que fuí causa de amor, que me lloraron y tañeron como muerta, y que al final todo ocurrió para bien, quedando en los brazos de mi amante liberal".

La tercera niña habló en su turno, sonriendo con ingenua malicia:

—"Gustándome mucho las aventuras de la farsa, farsanta me hice; mudé ropa por ropilla, pintéme la cara con la hez del vino, y vine a parar entre gentecilla de puñal. Allí fué ír palabrejas de cobre y razones de barro. Los sobresaltos que sufrí del guardia, y los no menores sustos de la Santa Hermandad, relatados quedan en este libro de notas que me dictaron Rincón y Cortado, dos rufianillos tan apicarados como simpáticos. ¡Ay, hijas, no es cosa de estarse toda la vida oyendo blanduras! También existe riqueza pobre, y experiencias fortalecen alcurnias".

La cuarta damisela, de nombre Isabel, tomó alientos y dijo:

—"Entre los despojos que los ingleses llevaron de la ciudad de Cádiz, Clotaldo, un caballero inglés, capitán de una escuadra de navíos, me llevó a Londres. Su hijo, Recaredo, se enamoró de mí perdidamente; cuando me presenté ante la reina pusiéronme una saya entera de raso verde, toda forrada de riquísimas perlas... pero sufrí los rigores de la envidia, y vime en estado de ingresar a un convento; en esto se presentó Recaredo, y entre asombro y pepitoria de las gentes terminó la fábula".

Leocadia, que así se llamaba la cuarta moza, muy grave y reposada dijo:

—"Mi cuento es tan español como la fuerza de la sangre; es bueno dejarlo en el silencio que se debe a los acontecimientos profundos, no sin antes decir que el destino es el supremo jardinero de nuestras almas".

Leonora, la quinta hija de don Miguel, se reía y trenzaba las manos:

—"¡Ay, hermanas, qué cosas suceden en la viña del Señor! Figuraos desposar con un celoso extremeño, burlar sus paredes, escuchar las mieles de un galán, no llegar a más, morirse el viejo y heredar amante y tesoros; todo sin pizca de deshonestidad, como aventura que a todos agrada y a nadie ofende"... y volvió a reír, a trenzar las manos y a ponerse colorada como el clavel de los toros.

Constancia, Teodosia, Cornelia y la envenenadora de membrillos, que hizo orate al licenciado Tomás Rodaja, alias Vidriera, contaron a su tiempo sus correspondientes experiencias. Quién, vivió de incógnito en una venta e hizo ilustre el colegio de las fregonas; quién, disfrazada de mancebo, enredó sucesos y voluntades; quién, llevada del ardor de la sangre moza, fué personaje de líos ejemplares; y hasta no faltó una que escuchase, vestida de enfermera en la sala de un hospital, el nunca oído diálogo entre Cipión y Berganza, dos perros filósofos que inmortalizaron el mundo irracional.

Mas el padre de las niñas, apercibido de la fuga, las llamó al orden y para que no volvieran a escapar les dió por esposo a los doce nombres de la fama.

México, D. F. Agosto de 1947.

(*Viene de la pág. siguiente*)

filosofía, pueden enfadar su independencia, pero al menos procuran un objetivo para sus inmediatos ataques. Algunos de ellos se mueven fuera de las universidades atándose a tal o cual fragmento político, a tal o cual escuela de crítica, y sin embargo tienen la satisfacción de su tradición académica, que sirve para abrir los ojos a algunos estudiantes, lo que para ellos es suficiente recompensa.

El provincialismo se instala ahora sobre el Nueva York intelectual. (El mundo de la cultura americana, según él, es la cultura de Nueva York). Su recorrido, como la televisión, llega hasta Bucks County, en una dirección, y por la otra hasta Westchester. Como en la televisión, puede ver lo que sucede en otras capitales culturales, las palabras y las imágenes. Lo que sucede interiormente lo sabe mal por el principio. Sus recuerdos son Iowa, Missouri y Kansas y la atmósfera filistea en la cual ha vuelto a leer y que ahora trata de huír. La cultura sin orígenes urbanos le importa poco, aunque siempre le incomoda la cultura de la capital en que ha buscado refugio. Simone de Beauvoir ya lo había anotado. Al informar sobre su visita a Nueva York, a donde llegó llena de entusiasmo, un grupo de intelectuales le dijo enfáticamente en una fiesta que le ofrecieron, que allí no había nada que valiera la pena de ser visto.

Esta capitulación de los filisteos en cuanto a la belleza, es prueba de derrota, de rendición incondicional. Pero los intelectuales que toman su cultura con más entusiasmo que Sartre, después de todo no son sino un pequeño grupo, una reducida minoría. ¿Y cómo pudiera ser de otra manera? Según su punto de vista, pueden mantener encendida la antorcha de la cultura, protegerla de los vientos del filisteísmo y de la lluvia del oro. Pero podrán también apagarla por falta de aire.

Han llevado la educación al "Teachers College", la política a los antiguos miembros del New Deal, el arte a la compañía Pepsi-Cola, y la literatura a los Clubs de Libros, y aceptan que son inexpugnables fortalezas filisteas.

Están vencidos, creo, porque actúan como si fuesen intelectuales europeos. con todas las tradiciones de la clase intelectual tras ellos. Nuestra sociedad no es como la europea y los intelectuales no podrán lograr que una se parezca a la otra, ni operar como si fuera la misma. Nuestro filisteísmo es único y fascinador, en el cual el hombre intelectual colma muchas de las funciones críticas que el intelectual realiza en Europa. Esto no quiere decir que nuestra sociedad sea mejor, ni que sus males sean menos graves, pero nosotros no aceptamos estimulantes de las mismas fuentes.

Algún día tal vez, veremos absorbidos los pequeños círculos de intelectuales que tanto abundan en Nueva York. Tampoco quiero sugerir que las funciones vigorosas de las mordaces y espinosas mentes de los intelectuales se pierdan. Quiero decir que las espinas harán correr sangre de diferentes maneras.

Si el papel del intelectual consiste en observar, criticar y definir, y en algunos casos crear, eventualmente saldrá fuera de su círculo propio para buscar aquellos lugares en que la cultura puede prosperar. Es posible que, sin mirar más allá de Brooklyn, descubra que la cultura puede progresar en los lugares en donde hay hombres independientes que no temen la extinción de la cultura, fuera del alcance de la mano cadavérica de los desilusionados provincianos que se miran a sí mismos y que andan a caza de las capitales de la cultura.

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

EDITOR
Teléfono 3754
Correos: Letra X
J. García Monge
En Costa Rica:
Sus. mensual ₡ 2.00

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.
El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.
"Bárbaros, las ideas no se matan", repitió Sarmiento
Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera.—Bolívar

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares

Giro bancario
sobre Nueva York

Intelectuales contra filisteos

Por *Rusell LYNES*

(En *El Tiempo* de Bogotá, 11 Julio de 1949).

Los intelectuales parecen encontrarse ahora en una situación singularmente desagradable. A juzgar por su propia crítica, no sólo se sienten como "hombres al margen" que residen en la periferia de la sociedad, indeseables y poco apreciados por la "América Filistea", sino que sufren por lo que ellos llaman carencia de "profundo recuerdo histórico", por un desesperado anhelo de pertenecer a la comunidad, y por el sensible hecho de no estar de acuerdo con el programa cultural a que, en otras circunsatncias, podrían consagrar todas sus energías.

Si los intelectuales, tal como ellos se definen, fueran un poco menos agresivos, podrían encontrar dificultad al tratar de abrirse paso fuera de la montaña de cenizas que voluntariamente han levantado sobre sus cabezas.

El filisteo ciertamente es más o menos aceptado, pero me parece que existe un pequeño punto de diferencia al discutir "objetivamente" al intelectual, a menos que se discuta lo mismo respecto de los filisteos. Los filisteos son hoy tan necesarios a los intelectuales como los bebedores al W. C. T. U. y los paganos a los misioneros.

Pero examinemos primero a los intelectuales. En el sentido crítico limitado, no se caracterizan por ninguna cualidad de la mente o de la inteligencia. Se distinguen por un estado de la mente y por su falta de posición en la comunidad. Existe una diferencia entre la palabra "intelectual", como sustantivo, y como adjetivo. Una gran diferencia entre el hombre que es intelectual y el hombre intelectual. El hombre intelectual emplea sus capacidades en participar en la actividad de la comunidad y no se considera un intruso. Puede ser un abogado, un editor, un maestro, un médico, o un sacerdote. El intelectual por el contrario es ante todo un observador, y además, el expositor de una doctrina. Puede ser también editor, maestro, escritor o médico, pero su primer interés es la vida de la mente, con la sociedad, en lo abstracto, o en lo positivo con el hombre.

Si el intelectual se cree un hombre relegado es probablemente debido a que muchos americanos se han acostumbrado a desconfiar de la doctrina y prefieren deshacerse de sus garras filosóficas. En algunas sociedades europeas, hacia las cuales los intelectuales americanos se vuelven en busca de bienestar histórico, éstos han sido reconocidos por mucho tiempo entre los militares, la burguesía y los campesinos como una clase diferente. El intelectual americano, cuya fuente cultural es europea, ha llegado a establecer para sí una posición relativamente similar.

Pero los americanos, parece, esperan que cada hombre tome parte activa en la sociedad y no se resienta con el grupo que sesiona y critica. Ha sido nuestro convenio el ser considerados con aquellos que piensan ampliamente y actúan en todo con ciertas sospechas, a menos que hayan muerto como Emerson, o sean tan viejos como Santayana. T. S. Eliot en sus *Notes towards the Definition of Culture,* se refiere especialmente a la sociedad con élite intelectual, a la sociedad en la cual los definidores de la doctrina; los transmisores de la cultura, conservan una posición asaz elevada. Sus críticas sugieren que los intelectuales americanos consideran esta estratificación de la sociedad como antidemocrática. Y sin embargo esto se debe a que no han preferido una posición y que consideran nuestra sociedad como mala Filistea.

Los intelectuales en su aislamiento

Actualmente el filisteo es una forma de intelectual, el producto de una revolución educacional que el intelectual ha precipitado en el último siglo y medio. El epíteto fué popularizado en el siglo XIX por Carlyle, quien caracterizó al filisteo como "un hombre sin sentimientos, que desdeña la música y el claro de luna. Un hombre bajo y práctico que paga sus deudas. Yo lo odio".

Ha llegado a ser en el más amplio sentido aquí, el enemigo de la cultura. Ser enemigo de la cultura implica suficiente interés en ella para desear combatir a aquellos que la defienden, una inclinación a la burla, a contradecirse, una convicción de que la cultura es algo sobre lo cual cualquiera tiene derecho a dar su opinión. Donde la cultura era privilegio de unos pocos, no hubo presión filistea al respecto, pero el concepto de igual oportunidad educacional para todos, creó la clase Filistea.

Ningún intelectual americano negaría el derecho de cada individuo de educarse y, en general, todos son enemigos de la prensa censurada y controlada. En la educación universal y en la libertad de palabra, el intelectual ha dejado libre un poder que evidentemente está fuera de su control. Muchas voces han levantado otras menores y solamente los pregoneros de la *Inteligencia* han logrado hacerse oír. Mientras crea en los derechos de muchos, entonces tal vez el intelectual admitirá que la sociedad que ha dado al filisteo es una buena sociedad.

Cuando los intelectuales dejen de luchar contra los filisteos y pasen a la defensiva, entonces deberemos darnos por aludidos. Si nuestros intelectuales no hubieran entregado completamente las normas, y no lo han hecho, muchos de ellos habrían abandonado su artillería para luchar entre sí. Aun admitiéndolo, es difícil luchar en un campo de batalla, cargar la cabeza de cenizas y contemplar a sí mismo a un mismo tiempo. Y esto es lo que está sucediendo.

Colmados de sus propios problemas y preocupados por ser "hombres al margen", se han limitado a pelearse entre ellos. Están resignados a entregar la cultura a aquellos a quienes consideran como proveedores de mediocridad. Hollywood, Broadway y muchas universidades y colegios incurren en peleas en sus cuarteles generales de Nueva York.

Observemos a Nueva York. Aquí es donde el intelectual llega pleno de esperanzas, con la seguridad de encontrar el sentimiento de la comunidad que necesita tan ansiosamente. Pero lo que halla tiene algo del aspecto de las montañas de Kentucky invadidas por los feudistas. "Nueva York no es un lugar para los intelectuales", me dijo recientemente un neoyorquino que es uno de ellos. "Todos los intelectuales se atacan por la espalda".

Tenemos aquí toda clase de escritores que expresan sus ideas tarde, según lo descubrió Cyril Connolly en su reciente visita a los Estados Unidos. Por esta razón muy pocas veces llegan a escribirlas. Son los escritores solitarios que trabajan para sí mismos, porque sus ideas no llegan a ningún corrillo: hombres y mujeres que trabajan en una especie de vacío; los hombres de palabra, hábiles en manejar la política, o la literatura, o el psicoanálisis, para quienes una palabra es más importante que una idea, o, a lo menos, que la extensión de una idea. Juegan con el vocabulario de la crítica en una era en que el criticismo ha sumergido la dignidad tanto como el respetable esfuerzo del intelectual.

Existen también los apóstatas intelectuales, aquellos que se han vendido y que se sienten intranquilos por la duda de si obraron bien o si, al contrario, cometieron un error. Seguros de su propio talento, de su agilidad mental, pero dudando de la profundidad de su talento, esperan, como filas de cariátides, sosteniendo el frontón de la cultura. Tienen muy buenos sueldos en las revistas y en las agencias de publicidad y economizan una parte de ellos, pues esperan poder retirarse un día para "escribir seriamente". Temen, sin embargo, que eso nunca sucederá.

Existen también los académicos, posiblemente los intelectuales más satisfechos. Sus salarios no son altos pero sí seguros, y son reconocidos más fácilmente por la comunidad como hombres útiles y necesarios en comparación con los editores, los escritores y los críticos. La jerarquía académica, la estructura de la Universidad y la disciplina del doctor en

(Concluye a la vuelta)